

50 Aniversario de la fundación del Departamento de Trabajo Social La memoria habla...

Joel Alfonso Verdugo Cordova*

En el portal electrónico del Departamento de Trabajo Social de la Universidad de Sonora, en el apartado sobre historia, se lee: “La escuela de Trabajo Social abre sus puertas en el mes de Septiembre de 1965. Su creación se debió a la iniciativa del Dr. Abel Hernández Aguirre, quien, en aquel entonces, fungía como Director de la Escuela de Enfermería y Obstetricia de la Universidad de Sonora. (...) En sesión del 27 de abril de 1965 y bajo acta número 179 del Consejo Universitario, se estableció la creación, organización y funcionamiento de la carrera de Trabajador Social, adscrita a la Escuela de Enfermería y Obstetricia, encomendándole esta acción al Dr. Abel Hernández Aguirre, director de la misma, con la recomendación de que las diferentes materias del plan de estudios se impartieran con la colaboración de profesores de otras escuelas y, que se buscara la forma más económica para su sostenimiento”.

Han transcurrido 50 años ya, y la antigua Escuela de Trabajo Social, hoy Departamento de Trabajo Social, ha sufrido cambios y transformaciones que la definen día a día; se cuentan por centenas las y los egresados que desde el ejercicio de la profesión han podido establecer el trabajo social como una disciplina de las ciencias sociales necesaria para la solución de problemas y la mejor comprensión de realidad social. Por otro lado, la historia oral –aclara D. Schwarzstein¹ nos brinda elementos para comprender las maneras en que la gente recuerda y construye sus memorias.

* Licenciado en Sociología. Maestro en Ciencias Sociales. Doctor en Antropología Urbana por la Universitat de Rovira I Virgili de Tarragona, España. Profesor de tiempo completo en el Departamento de Trabajo Social de la Universidad de Sonora. jverdugo@sociales.uson.mx

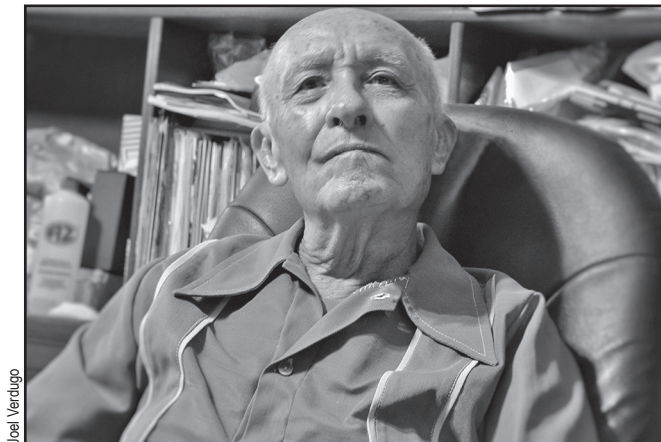
¹ Schwarzstein, D. (2001). Historia oral, memoria e historias traumáticas. *Historia Oral*, 4, 73-83.

Se trata de un método que crea sus propios documentos, documentos que son por definición diálogos explícitos sobre la memoria del entrevistado, triangulando entre las experiencias pasadas y el contexto presente y cultural en el que se recuerda. Los testimonios orales no son un simple registro más o menos adecuado de hechos del pasado. Por el contrario, se trata de productos culturales complejos.

En este trabajo presentaremos esos diálogos con la memoria de algunos protagonistas que, a partir de la rememoración, nos brindan la posibilidad de contemplarnos en el espejo bruñado de la memoria:

- Abel Hernández Aguirre, fundador y primer director
- Rosa Cecilia Esquer Moreno, integrante de la primera generación y primera directora trabajadora social
- María Dolores Carvajal Granillo, trabajadora social y maestra fundadora
- Amelia Iruretagoyena Quiroz, integrante de la primera generación, maestra y exjefa del departamento
- Hilda Benítez Carreón, integrante de la primera generación, maestra y exjefa del departamento
- Graciela Ibarra López, integrante de la primera generación y maestra
- Olivia Peralta Montoya, maestra y actual jefa del departamento
- María del Carmen Marmolejo López, maestra y exjefa del departamento
- Clarisa Arenas Hinojosa, maestra
- Victoria Núñez Navarro, maestra
- María Engracia Carrasco Valenzuela, maestra y exjefa del departamento
- Manuela Guillén Lúgigo, maestra y exjefa del departamento

Abel Hernández Aguirre



Egresado de la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México (1946-1951). Fue director de la Escuela de Enfermería y Obstetricia. Fundador y primer director de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Sonora en 1965.

Soy de León Guanajuato, me fui a estudiar a México, DF, como entonces, todos los estudiantes en la miseria. Con muchos sacrificios y muchas situaciones muy negativas logré terminar la carrera. Para esto me fui de voluntario en la cruz roja ahí en México, para enseñarme a manejar todos los instrumentos que necesita uno para la carrera. Ahí conocí al jefe de curaciones, el doctor Ángel Esqueda de aquí de Hermosillo. Yo creo que me veía con muchas consideraciones o se reflejaba en mí, porque me platicaba que su mamá vendía café, aquí en Hermosillo, en la estación del ferrocarril. Él, con muchos sacrificios, hizo la carrera, entonces me nombró jefe de curaciones...

Ahí en la sala de curaciones un día me llega el doctor Ángel y me dice: "Abel, no me pongas pretextos", porque había unas listas muy grandes de estudiantes que iban a practicar, "vienen unos paisanos míos de Hermosillo y quiero que entren, a la hora que vengan, la pones como primeros en la lista para que empiecen a trabajar". Él era el que mandaba, ¿no? Llegó Miguel Pavlovich, llegó el doctor Gastón Cano, el doctor Silva, Agustín Valenzuela, era un grupito bastante grande. Se presentaron conmigo y les enseñé a curar y empecé a hacer amistad con ellos.

Estaba yo terminando la carrera cuando me dice el doctor Cano: "¿dónde vas a hacer tu servicio?". "Pues no tengo idea todavía, inclusive, te confieso, tengo miedo, quién sabe que irá a ser de mí". "Vete a Hermosillo", me dijo, "¿te gusta mucho el hospital?". "Sí me gusta mucho el hospital". "Ahí te vas... escríbele al doctor Cadena". Le escribí al doctor Cadena y por supuesto ni me peló y dije: "pues no, no me hizo caso". Le escribí también a la madre Paulina, que era la mera jefa ahí en el hospital. Ella me contestó: "cuando guste véngase, tráigase a un compañero, necesitamos dos". Y yo vi a uno que andaba ahí con en el grupito pidiendo medicinas para el servicio.

Me preguntó sin ser mi amigo ni nada: "¿Dónde vas a hacer el servicio?". "En Hermosillo, en un hospital y falta uno" le dije. "¿Por qué no me invitas a mí?". Y Así lo conocí a él, así nos conocimos y empezamos ya a tratarnos para vernos. Llegó el día que tenía uno que salir, ya todos los papeles en orden y ahí vengo. Venía también otro muchacho que venía a Hermosillo, José Medrano, y ellos eran muy amigos. Yo venía por supuesto en segunda con los braceros. Ellos venían en pulman. Hicimos ocho días en tren hasta Hermosillo.

Nos bajamos del tren aquí donde estamos platicando, aquí estaba la pera y aquí yo me bajé. Hacía mucho calor, el último de septiembre llegué, de septiembre del 51. Ellos venían en pulman bien comiditos, bien. Y yo muerto de hambre, sucio, con los braceros pues. Estaba muy, muy pobre y mi primer ocurrencia fue preguntar: "perdón, ¿dónde queda el Hospital del Estado?", "mira, síguete esta calle". Me mandó por la Niños Héroes, "síguete esta calle hasta que llegues a unos edificios que es la universidad, ahí hay un bordo muy grande, sigue el bordo y el bordo te lleva a la puerta del hospital", me dijo el policía.

Lo hice y así fue. Llegué y me presenté ahí a emergencias. Le dije a una enfermera que a ¿dónde era la jefatura? y me dijo: "hable con la madre Consuelo ahí en farmacia". Pues ahí llegué y estuve esperando y no veía a nadie. Por fin ahí apareció una monjita y le dije: "Madre, Madre". "¿Qué quieres?" me dijo. "Madre, fíjese que soy el nuevo médico de aquí, vengo a presentarme", "pero pareces limosnero", me dijo. Yo callado, sucio de ocho días. "Y ahí viene un compañero mío que viene a acompañarme para que veamos, nada más que yo me vine, porque ya no tengo dinero para comer, ni para nada". "No te preocupes", me dijo, "no te preocupes, deja llamar a la madre Paulina".

Y nosotros en México, en la cruz roja era de monjas también y a la madre superiora me le hincaba y me daba la bendición todos los días que iba a trabajar allá. Y la madre Paulina, una monja como de dos metros de estatura, venía como con cinco monjitas. Venía por el pasillo y yo, cuando la vi, me hincé para saludarla. Me agarró y dijo: "levántate, no te hiques". "Madre, soy el nuevo interno de aquí". Luego llegó un muchacho y le dijo: "llévalo al cuarto para que se bañe y todos se vayan a misa". Era un domingo, y ya así empezó, así empezó mi entrada al hospital.

Ya luego me fueron presentando y yo creo que le caí bien al director, al doctor Quiroga. Me dijo: "mira, aquí yo soy el director, pero soy el director como una hora; el director vas a ser tú y me vas a tener al tanto minuto, por minuto. Cualquier problema me comunicas, ahí está el teléfono". "Está bien, doctor". En ese momento me fui ahí a urgencias a dar consultas, así empecé...

Al siguiente día fue lunes. Me fui presentando con los doctores. El doctor Cadena era el de cirugía, me presenté y me dice: "¿y tú?", me dijo así. Era una mala persona, una muy mala persona, "pues vengo a hacer mi servicio". "Pues vienes a hacer tu servicio y a trabajar, aquí no admito gente que venga a pasearse". "Sí, doctor, a eso vine". Y los seis meses que duró mi servicio, fueron seis meses que traía yo al doctor Cadena en el cuello. No le caía bien, no le caía.

Empieza la cosa de enfermería cuando empecé a conocer y ver a las estudiantes de enfermería que empezaban, que ahí empezaban a practicar en el hospital. Y yo veía que iban y luego faltaban, y un día le dije, precisamente al director, que por qué no le daban unos 50 pesos o 20 pesos para engancharlas y que empezaran, pues no había enfermeras. “Buena idea”, dijo. Y empezó dándoles 20 pesos y empezaron a juntarse. Y después fueron más, después le dieron 50, pues ya eran muchas. Así empezó mi idea de la Escuela de Enfermería.

Entonces el siguiente paso, fui a la universidad, el profesor Chalío Moreno era el secretario que era el que manejaba todo. Llegué y le dije: “maestro, fijese que vengo, yo soy interno del hospital, me gusta mucho la cosa de la universidad y quería saber si ustedes aceptaban que yo diera clases aquí en la Escuela de Enfermería”. “Sí”, me dijo, “sí quiero, pero no vas a ganar ni un centavo”. “No, no vengo a pedirle trabajo de dinero, sino que me dejen dar las clases y que empiece la universidad a reconocerle lo que estudian las muchachas”. “Bueno”, me dijo. Como que le encontré una salida.

Pasó una semana y yo intenté darles clases y yo les daba clases en las escalinatas, porque eran tres clases a tres muchachas. Se llamaba Beatriz López una muchacha, Ofelia Chávez, y la otra, no recuerdo muy bien. Ahí les daba clases, sin ganar nada. Un día fui a la dirección y le digo: “Profesor Moreno, por qué no hacemos una campaña en todo el estado. Mire, yo tengo estos planes de ir unas seis personas, inclusive yo voy, pido permiso un fin de semana y voy a las secundarias para exigirles secundaria y que vengan a estudiar. Y qué le parece que le consigamos una beca con el gobierno, de cincuenta o de cien pesos”.

Oyéndome callado, no me contestó nada y ya, platicamos de otras cosas y yo dije: “me tiró a loco”, pero yo hice lo que quería hacer. Como a los diez días me llama: “oiga, doctor, hablé con el rector, el rector habló con el gobernador y el gobernador aceptó”. “Bueno, déjeme organizarme”. Sacamos película de toda la universidad, de cada departamento, salones posibles para la escuela de enfermería y empezó una campaña en la cual, yo no dejaba el hospital. Mandaba yo a muchachas, ya más destacadas a cada lugar del estado. Para esto, el profesor Moreno se comunicaba a secundarias, se les exigía secundaria. Era 1951 o 1952, entonces, empezó. Iba a empezar las clases de la universidad, entonces ya pusimos la escuela de enfermería. Cual fue nuestra sorpresa que vinieron del estado y hasta el presidente municipal. Las becaban para acá y tuvimos 48 aspirantes a estudiar enfermería. Un éxito completo y entonces, ya empecé yo a organizar la cosas de los maestros y todo. Al profesor Moreno lo ponía yo al enfrente, pues él era la autoridad, así empezamos. Yo no tenía ningún nombramiento de director ni nada. Era un colaborador para organizar todo.

El director de cirugía, el doctor Cadena, empezó a molestarse conmigo: “¿y tú qué andas haciendo de profesor? Tú viniste a aprender aquí, tú no debes de meterte a la universidad ni nada”. Porque él era uno de los dirigentes de la universidad, y bueno, yo callado. Pero seguía yo callado,

no le contestaba nada a él, porque pues en parte, tenía razón. Pero un día me citó el Consejo Universitario, les expuse todo lo que tenía, me felicitaron e inicia la escuela de enfermería y me nombran director. Para esto, yo ya me había ido a recibir, ya tenía mi título.

Y empecé, primer paso, me corrieron de cirugía. Le dije al doctor, director Antonio Quiroga, que las muchachas de enfermería podían hacer las prácticas en el hospital y me dijo: “lo felicito, está muy bien, queremos aquí puras estudiantes de enfermería”. Pero me eché encima a las madres, hígole pues ¿qué hacía? Yo agradecido con las monjas porque me habían recibido muy bien, me atendían muy bien, pero al mismo tiempo yo las estaba desplazando.

Bueno pues, así estuvo la cosa, y una mañana me habla el doctor Quiroga y me dice: “me urge hablar con usted, Abel”. “Ora sí me corren”, dije, “ora sí me corren”. Entré a verlo, cerró la dirección con llave y me dice: “me acaban de poner esta carta las madres o que quitáramos a las estudiantes o se iban ellas”. Le dije: “bueno, doctor, no sé qué haga yo, pero podíamos sustituirlas, siempre y cuando usted me dé esa parte del hospital, que es donde viven ellas. Me lo dé para un internado para las muchachas de enfermería, porque son muchachas pobres y equivale a que les den comida, que les den uniformes. Bueno, hasta que les den chinola para que arreglen sus zapatos. Es la única manera, no pido mucho”. “Bueno, no diga nada”, me dijo, “usted, cálese”.

De ahí se fue a ver al gobernador. El gobernador le dijo: “tiene mano abierta, haz lo que quieras”. Pues llegan ese día las madres y le dicen: “o se van las muchachas o nos vamos nosotras” y dijo el doctor Quiroga: “pues lo siento mucho, el gobierno me dice que deben estar las muchachas”. Esa noche sacaron sus cosas y forman el Sanatorio San Francisco que aún persiste, ahí están. Se quedó sin enfermería el hospital. Entré con las muchachas, fui en cada servicio acomodándolas. A la más distinguida, la ponía de jefa. Así empezó la enfermería en el hospital.

El internado no pertenecía a la universidad. Yo daba clases, yo era el director de la Escuela de Enfermería. Nunca me metí yo al internado, nunca, porque eran puras muchachas. Yo era muy joven, nunca entré al internado, sino que a una de las alumnas, la más canija, la nombré jefa. Entonces ella se encargaba, eran mis ojos adentro del internado.

Bueno pues, se me ocurrió un día, platicando con otros profesores, del cambio de rector y dije: “a mí me gustaría de rector el doctor Canale”. Ah pues sí, era muy amigo de todos ellos. Fueron compañeros en la universidad. Pues que si hicimos comité, se hizo la campaña y lo sacamos de rector al doctor Canale. Entonces yo quise, con el doctor Canale, que se hiciera la escuela de medicina. No me contradijo porque éramos muy amigos, me dijo que tuviera paciencia y me fue dando largas. Él no quería y yo sí quería, pero no, él veía muy difícil eso.

Entonces en una ocasión, no sé por qué motivos, no sé si de vacaciones o algo, tuve que salir a México. Para esto, yo ya conocía al ingeniero Aguirre Palancares, Norberto Aguirre Palancares. Pues ya que el gobernador Obregón Tapia lo



Miembros del presídium de la generación 1965-1968, en el marco del XXV Aniversario del Departamento Trabajo Social. 28 de enero de 1994.

corrió, porque lo corrió muy feo, se fue. Lo nombraron a él en México, estaba muy bien parado, un puestazo, no me acuerdo el nombre... Y yo aquí empecé a tener problemas con el gobernador, con Obregón, empezaron a decir que era comunista y que era un agitador y pues dije: “me van a correr”. Entonces lo que hice, me querían correr del hospital. Para entonces, ya había empezado el seguro social y yo ya había brincado al seguro social, y me querían correr del seguro social.

Entonces un día agarré el avión y me fui a verlo. Me recibió, así llegando yo. Tenía así de gente y me recibió. Para esto, estaba haciendo antesala y vi una cantidad de gente y de muchos campesinos, y una muchacha jovencita dirigiendo, “¿qué hace esa muchacha?”. “Es trabajadora social”, me dijeron. Ahí me inspiró...

Nunca me imaginé eso. La vi cómo encabezaba el movimiento de todas esas gentes que no había quién los liderara y ella lo hacía... El ingeniero me recibió luego, luego y empecé a platicar con él sobre mi problema con Obregón, y me dijo: “yo resuelvo ese problema. Vete tranquilo, nadie te va a molestar”. Pero todavía con la inspiración de lo que había visto afuera, le dije: “oiga, ingeniero, ¿y esa muchacha que anda dirigiendo a tanto campesino qué?”. “Es una trabajadora social” y le dije yo así riéndome: “y si una de esas escuelas la ponemos en la Universidad de Sonora. Necesitamos mucha gente así”. Se rio y dijo: “pues tú sabrás”, “bueno, hasta luego”, “hasta luego”.

Entonces estuve dándole vueltas en mi cabeza y lo primero que hice fue irme a la universidad, a la UNAM, a sacar el programa y el plan de estudios. Antes, me encontré a Alicia Arellano y me dijo: “fíjate, Abel, que estuve con el ingeniero y nos invitó a comer a ti y a mí, ¿por qué no vamos?”. “No”, le dije, “vete a comer tú, yo ando acá muy ocupado”. Bueno, ella se fue a comer con el ingeniero y yo me fui a la UNAM, y ya me vine a Sonora a arreglar lo del seguro social y a empezar a organizar la Escuela de Trabajo Social. Ya con el plan de estudios y todo lo organicé.

Lo llevé al Consejo Universitario y pues, todos le hacían gestos. Entonces dice el licenciado, ese que era director

de la escuela de leyes, ya murió, daba clases y luego fue director de leyes y rector, morenito, oaxaqueño, Castellanos Idiáquez, y me dice, porque estábamos en el Consejo Universitario, él todavía no era rector, el rector era el doctor Canale y entonces, cuando yo expuse todo el plan, tomó la palabra y dice que le gustaba mucho que yo viera todo eso, pero que él no admitiría una escuela subprofesional en la universidad. Entonces pues uno habló, otro habló y le dije: “tengo el plan de estudios, tengo la planta de maestros, todos estamos de acuerdo y no queremos ganar un solo centavo por dar clases”. Ahí tronó todo.

Yo les puse todo en la mano. Recuerdo a uno que otro, estaba el doctor Ricardo Fernández, estaba el doctor Ramírez

que daba pediatría, estaba el doctor Ceja, son de los que me acuerdo ahorita. Pues eran algunos, sin ganar dinero. Las clases las íbamos repartiendo según la capacidad de cada maestro para eso. El que más le atiné era el de pediatría porque él era pediatra, el doctor Ramírez. Pues no tuvieron más que decir sí. Yo de director, nadie ganaba dinero y empezamos a dar las clases.

Para eso, aplicamos todo, y ¿cuál fue nuestra sorpresa?: había más de 50 inscripciones. Como 25, puras niñas de las ricas de aquí, así empezó. Pues con esa fuerza empezó la escuela, empezó para arriba... Obviamente cuando fue madurando la escuela, ya empezaron a dar clases abogados, sobre todo los más jóvenes que iban y me decían: “doctor, pues deme clases, no queremos ganar”. ¡Porque eran puras muchachas!, y chamacos ellos, jóvenes. Y yo aceptaba y empezaron las clases y empezó a funcionar y funcionar fuerte y bien.

La primera maestra que contraté para trabajo social, se apellidaba López, hermana de Beatriz López, de una que estudiaba enfermería que era muy conocida del licenciado Encinas y que era muy conocida en la universidad porque ella estudió trabajo social. Empezó ella y empecé yo a oír que había una muchacha de Magdalena que venía porque quería ocupar la dirección, No la conocí antes y yo acá en mis adentros, me molestaba eso. Sí, porque la tenía ganada, ella estudió trabajo social en Guadalajara creo, en Guadalajara y venía como trabajadora social.

Pues cuando llegó la vi muy joven y le dije: “y va a dar clases, ¿acepta dar clases?”. “Sí”, dice: “a mí me ofrecieron aquí, dar clases y me van a pagar”. “Bueno”, le dije: “y ¿quién le ofreció eso?”, “pues la dirección de la universidad”. Bueno, uy a mí me andaba por mis adentros. Y en clases hice el comentario a esa generación, que eran como cincuenta, “y me van a desplazar porque viene una señorita que estudió trabajo social, está titulada y viene, ¿quieren que sea la directora?”. Y brinca una de las de aquí, una de las riquitas dijo: “Eso si queremos nosotros, sino se desbarata la escuela”.

Yo guardé silencio y así empezó la cosa. Las alumnas me sostuvieron, yo era director de enfermería y trabajo social y las de enfermería no podían pasar a la Escuela de Trabajo Social. Empezaron a agitarse y empezaron a querer la separación. Yo les explicaba que no podía separar la escuela, porque la escuela no tenía presupuesto, era todo de oquis, la Escuela de Trabajo Social. Y me dijo la Rectoría, la universidad no tiene presupuesto para pagar a una escuela, y empezaron los problemas, y empezaron los problemas y nosotros seguíamos dando clases de trabajo social.

Termina la primera generación de trabajo social, empezaron a recibirse y eran muy estudiosas. No, era una cosa increíble la diferencia entre trabajo social y enfermería. No, trabajo social nos traía arrastrando a los maestros... La escuela era la misma para las dos carreras, los mismos salones, la misma dirección, el mismo local de director, la

quité, tampoco quise dar clases ya. Yo estaba en el hospital, yo seguí mi vida en el seguro social. Ahí empezaron a cambiar y empezaron a moverse y a separarse. Empezaron a exigirle al doctor que se separaran las escuelas y se separaron las escuelas. Me recuerdo muy bien cuando andaban ya queriendo separar.

Un día llegué y me hicieron valla las estudiantes de enfermería y yo tenía que pasar por ahí y pasé y estaban las de trabajo social y una estudiante de enfermería me escupió la cara. Yo lo que hice, saqué mi pañuelo y me limpié, pero oí una bofetada de una estudiante de trabajo social que abofeteó a la que me había escupido. Lo que hice fue salirme de ahí y me fui. Fue la última vez que estuve ahí. Acababa de entrar el doctor Sotelo de rector. Y yo dejé las dos escuelas. Me salí porque fue lo último que recibí de pago, un escupitín en la cara y trabajo social me respondió. Y empezó a gritarse

de que no querían director y entonces nombraron a una exalumna de directora de trabajo social y así empezó la escuela. Ya había terminado y se había recibido. Ya era trabajadora social, esta Rosa, Rosa Cecilia Esquer. Ella ya era trabajadora social.

Yo me retiro a mi carrera, a medicina. Yo me quedo en el hospital del seguro social, iniciando como cirujano, como cirujano. Ahí estuve hasta que me jubilaron. Tengo 89 años, no me casé, vivo solo, eché

a perder mi vida personal por todo lo que hice, ese fue el costo. No me arrepiento, pero sí me ha afectado mucho, me ha afectado porque el estado normal de un individuo es casado primero; segundo, yo no podía ponerme de novio, porque yo manejaba escuela de puras muchachas. Yo era muy respetuoso de eso, porque sabía que era una bomba de tiempo. Cualquier cosa que yo hiciera, estaba a los ojos de todo el mundo. Sí, muy delicado, muy delicado.

Agarré una bomba de tiempo con esas dos escuelas y puras jovencitas había. Las únicas que eran muy fallonas, pero que eran muy bonitas, eran hijas de un ingeniero Hopkins. Sí, eran muy bonitas, eran las reinas de ahí, pero no eran destacadas alumnas como las demás. A mí me gustaban todas ellas, estaban preciosas, muy bonitas, muy buenas muchachas, muy inteligentes. Pero yo quería mucho lo que estaba haciendo, porque yo nunca había sido nadie. Por el amor de Dios, yo estaba floreciendo, una de las cosas que más quería: sobresalir, ser alguien en la vida, ¿sí? Yo padecí hambre para poder ser médico, mucha miseria en mi vida...



Archivo Trabajo Social, Unison

Integrantes de la generación 1965-1968, en el marco del XXV Aniversario del Departamento Trabajo Social. 28 de enero de 1994.

misma secretaria, pues se sentían invadidas. Así siguió la escuela por años, se empezaron a recibir muchas muchachas de trabajo social y las preparábamos para que se empezaran a incorporar como maestras, cambiando a los que no, a los médicos que no era su papel, que no era su papel e inclusive, a los abogados, sacarlos también.

Tener muchas muchachas trabajadoras sociales, así empezó todo. Recuerdo vagamente a una muchacha, Amelia Iruretagoyena, muy lista, muy listas las muchachas. También recuerdo a Hilda Benítez, muy destacada. Esta muchacha Gutiérrez, esta muchacha Platt, puras muchachas. Yo las veía, yo creo que es lo que comen, yo creo, eso es, la comida abre la mente, porque muy inteligente, muy inteligentes, empezaban. En ese momento empecé yo a tener problemas porque cambiaron de rector y pusieron al doctor Sotelo Ortiz, entonces yo renuncié.

Renuncié porque había un doctor muy amigo de él que empezó a molestarme, Jesús Salazar Acedo, no me acuerdo bien. Lo nombran a él director, sin más nada, más que de palabra, tú eres el director, aquel ya no es el director. Yo me

Rosa Cecilia Esquer Moreno

Foto de archivo



Integrante de la primera generación de egresadas del Programa de Trabajo Social. Fue la primera directora y posteriormente coordinadora de la Escuela de Trabajo Social (1971-1983). Pianista. Actualmente es administradora de las revistas *El Constructor* y *MetroPoli Rosa*.

Estudí mi primaria y secundaria en el Colegio Lux, saliendo del colegio, ya estaba trabajando en un jardín de niños con la música. Mi hermana mayor, Ana Bertha Esquer, quien era mi tutora, me dijo: “se está abriendo una carrera nueva especial para las mujeres que nomás se necesita secundaria, ¿por qué no te sales de lo que estás haciendo para que entres?”. No lo pensé dos veces, empujada por ella fue cuando me decidí inscribirme, es decir, fui de la primera generación de egresadas en 1968. El ambiente estudiantil en aquella época era muy bonito, muy sano. Existía la sociedad de alumnos, se veía mucha alegría, mucho ambiente sano estudiantil, todo muy bonito.

La idea de la creación de la Escuela de Trabajo Social fue del doctor Abel Hernández Aguirre. Él fue a Guadalajara, se trajo planes de estudio, formó la primera planta de maestros. La escuela estaba anexa con la escuela de enfermería. Como no había presupuesto, empezó a funcionar con el presupuesto de la escuela de enfermería, hasta casi con los mismos maestros. El mismo edificio coordinaba las dos escuelas. Después entra el doctor Jesús Salazar quien estuvo dos años.

El doctor Hernández, de la primera generación, nos escogió a tres o cuatro alumnas para que impartiéramos clases; ahí fue mi inicio. Cuando salió el doctor Hernández se quedó el doctor Salazar y me nombró secretaria adjunta, secretaria académica que le llaman ahora, y ahí estuve como uno o dos años. Para 1970 o 71 me inscribí en la preparatoria de la universidad, porque sentí la necesidad de una preparación más, de más madurez. Salíamos muy chiquitas, de 18 años, entonces, me inscribí en la escuela preparatoria nocturna de la misma universidad.

Posteriormente, empecé a trabajar como secretaria académica con el doctor Salazar. En 1970 se solicitó al Consejo Universitario, la separación de las escuelas, creo que

en 1972 o 73, cada quien con su presupuesto, con su planta de maestros y con su edificio propio. Así fue que se logró separar las escuelas y ya tuvimos cada quien sus recursos. Entonces hubo elecciones y yo quedé como coordinadora, fui la primera coordinadora, la primera mujer. Ha sido un orgullo para mí, haber sido la primera coordinadora mujer y trabajadora social. Por primera vez hubo una coordinadora mujer y trabajadora social, además, la primera en titularse de la primera generación.

Yo organicé el servicio social que no estaba instituido; también las prácticas profesionales que se realizaban en diferentes instituciones médicas, empresas privadas, comunidad, los exámenes de selección. Después, en 1975 o 1976, agregué a la carrera un año más para que fueran cuatro en vez de tres como lo era en un inicio. Seguía siendo nivel técnico, pero de cuatro años; después pedimos la preparatoria sin ser licenciatura. Fue cuando empezamos con el proyecto de la licenciatura; hasta ahí lo dejé ante el Consejo Universitario, iniciado y aprobado. Yo salí en 1982 o 1983, pero dejé iniciado el proyecto y ya en adelante, tengo entendido, inició con la licenciatura. En los primeros años, las materias impartidas eran diferentes a las de ahora, estaban más enfocadas a las mujeres; por ejemplo, Puericultura, que era el cuidado de los niños, Paidología, todo en relación a los niños, pero en la cuestión psicológica y Ludoterapia... Tenía muchas materias de derecho y de psicología, muchas relacionadas a eso.

En la década de 1960 y 1970 nos tocó vivir conflictos estudiantiles. Estaba Hilario Valenzuela en 1967. A nosotros nos tocó, nos pidieron a las alumnas voluntarias, que fuéramos con los estudiantes que estaban ahí en huelga y que les hiciéramos desayuno. A mí me tocó dos veces, estábamos ahí guisando papas, echando huevos, en un ambiente muy sano. Después, en 1973, otro movimiento que fue muy difícil, nos tocaron tiempos muy duros. Me tocó estar a finales de los setenta, como en 1978 o 1979, en el Consejo Universitario y nos secuestraron. Yo iba como coordinadora y estaba embarazada, me acuerdo muy bien.

No recuerdo los nombres, pero sí me acuerdo muy bien que estábamos ahí. Empezamos a las siete de la tarde y creo que empezaron a ponernos, nos encerraron, no nos dejaban salir y nos ponían el sonido, esos sonidos que ¡oh!, que rechinaba. Querían volverte loca. Era un escándalo afuera, y hasta el otro día, yo creo que hasta las diez de la mañana del otro día, nos dejaron salir... Estaba Castellanos Idiáquez de rector.

Yo salí de coordinadora de trabajo social como el 82 o el 83. Hicimos mi esposo y yo un centro de reclutamiento y selección de personal. También a la par teníamos la inmobiliaria, “Promotora Inmobiliaria Santa Cecilia”, eran bienes raíces. En ese tiempo, cuando iba a entrar Rivera Zamudio a Rectoría, es una historia que muchos no saben, faltaba un voto y era el voto mío, para que pudiera elegirse. Hablé con él, hablamos con él. Había cosas que a la hora de la hora negociarlas. Y me lo prometió y no me lo cumplió. Yo me salí, renuncié, fue un error haberme salido. Podía haber seguido como maestra, pero te desilusionas de todo. Fue cuando dije: “me voy”, y la planta de maestros que

la mayoría yo había metido, se salieron conmigo. Y ya se quedaron dos, Rosa María y Graciela, “si ustedes quieren continuar, si ustedes necesitan su trabajo, pues sigan”, les dije, porque a la mayoría que están ahí yo las apoyé mucho.

Después de mí, entró Amelia Iruretagoyena a la coordinación. Ella era maestra, yo la llamé a dar clases a ella y a Hilda. Los cambios se dieron por el mismo cambio de autoridades universitarias y las mismas circunstancias, pero Amelia ya estaba trabajando ahí, ya era maestra. Yo ya la había invitado a integrar la planta de maestros.

Actualmente me ocupo de la edición de dos revistas: una

de ellas es *El Constructor*, es el órgano oficial de la Cámara de la Industria de la Construcción; y la otra revista es *MetroPoli Rosa*, está hecha por mujeres y para mujeres; todas sus colaboradoras son mujeres. Es una revista de muy buen nivel y muy buenos contenidos. Mi esposo es el director y mi hija es la editora. Tenemos un equipo de muchachos jóvenes, un diseñador, una muchachita de ciencias de la comunicación que está encargada de la página del Facebook, ya ves que ahora todo se maneja así. Yo estoy en todo lo relacionado con la administración, estamos dando empleo a seis personas...

María Dolores Carvajal Granillo



Joel Verdugo

Maestra fundadora del Departamento de Trabajo Social, estudió trabajo social en la Universidad Femenina de Guadalajara. Profesora de tiempo completo en el Departamento de Trabajo Social de la Universidad de Sonora.

Bueno, yo era una persona muy joven que iba terminando apenas la secundaria, curiosamente la secundaria cursada aquí dentro de la Universidad de Sonora. Yo tenía un tutor, médico, se llamaba Arturo Carvajal; entonces él y mi abuelo tenían mucha preocupación de mi futuro, porque yo estaba a cargo de ellos. Entonces ellos, pues investigaban en diferentes escuelas dentro de la república, *okay*, para darme a mí opciones y que yo escogiera. Inclusive me hicieron aquí mismo dentro de la universidad, pruebas vocacionales y ahí salí, según esto, con facultades para las ciencias sociales.

Fue mi tutor, mi tío, el que me dijo de una serie de carreras que había en las diferentes escuelas de la república y que había una que se llamaba trabajo social y que era una necesidad muy grande aquí en el estado de Sonora porque no había profesionales. Entonces, como él era médico, inclusive en ese entonces él era el director del Hospital General del Estado, él veía que ahí había esa necesidad. Entonces se

buscaron opciones, era Guadalajara, era México donde estaba la carrera, y decidimos que a Guadalajara. Yo dije: “bueno, sí me gusta la carrera”. Estuvimos leyendo las materias que se llevaban, el plan de estudios y todo; y pues por esa razón fue por lo que me incliné por estudiar la carrera. Tenía 15 años y era una carrera de nivel técnico, que de la secundaria te ibas a estudiar la carrera. Y pues ya, y me llevan a Guadalajara a la Universidad Femenina de México, pero con sede en Guadalajara...

Llego a la Universidad Femenina de Guadalajara y de las cinco alumnas que integramos el grupo, éramos dos de Sonora, una compañera de Agua Prieta y las otras tres de ahí de Guadalajara. Muy curioso porque se dio esa conexión y empiezo a estudiar la carrera, fueron tres años de vivir en Guadalajara. Fue pues una... independientemente de los estudios, que pienso yo que eran muy duros y muy pesados, porque pues, en primer lugar entraba una muy joven y tenía que toparse con una problemática que a veces no la habías vivido, ni la habías conocido. El hecho de ir a las instituciones, a los hospitales psiquiátricos, a los asilos que estaban en ese entonces y en esa época, pues era muy deprimente la situación que se vivían en todos esos lugares, en el Hospital Civil de Guadalajara, o sea. Pero, pues bueno, seguías adelante y aparte esto significó para mí una experiencia en mi vida, porque todavía hasta la fecha, la considero invaluable.

El hecho de separarte de tu familia tres años, viajar a una ciudad que era muchísimo más grande de lo que era Hermosillo y aparte, pues, yo soy originaria de Magdalena, entonces ¿no? Tener otros tipos de vivencia con los que yo vivía, aparte, estudiaba en la femenina; pero vivía en un pensionario, así se llamaba, de monjas españolas y las 30 pensionistas que vivíamos ahí, estudiábamos diferentes carreras...

¡Fue una experiencia fabulosa! Desayunábamos, teníamos un reglamento muy estricto, con horarios para desayuno, para comida y para cena; que si por algún motivo no llegabas a estar a las horas citadas, pues inmediatamente ahí la monja que nos cuidaba, la madre que nos cuidaba, pues se daba cuenta ¿no? Ya la tarde era un poco libre, nos dejaban salir, podíamos salir a tomar el café, ir a dar la vuelta, “hasta echar novio” ¿eh? Entonces, pero había su

reglamento, sábados y domingos nos dejaban llegar un poco más tarde, pero lo mismo, si por algún motivo alguien no llegaba, cerraban la puerta y podía ser expulsada...

De trabajo social, sabía casi nada, porque sí había gente aquí en el estado que hacía ciertas funciones, principalmente en el área de salud. Entonces eso era lo que yo sabía y que la carrera era un vínculo que se necesitaba dentro de las instituciones, para con las familias o para ayudar a la gente. Siempre la carrera, inclusive en esos años era totalmente el enfoque tradicional de ayuda, de humanismo; bueno, como lo ha sido siempre.

En la escuela éramos puras mujeres estudiando diversas carreras a nivel técnico, había periodismo, había decoración de interiores, trabajo social, ¿qué otra? Como auxiliar de químico fármaco biólogo, había varias carreras. Pero también no dejaba de ser como un pequeño gran colegio, donde también había reglas que teníamos que seguir... Nos daban muchas materias del área, relacionadas con la salud, relacionado con derecho; también nos daban, pues, todas las materias estas del área jurídica, las materias básicas del trabajo social, el caso, grupo, la comunidad, las prácticas que teníamos que hacer...

Teníamos que ir a un hospital a hacer prácticas, pues éramos trabajadoras sociales; pero llevábamos la materia de enfermería y si tú preguntas aquí, te van a decir las primeras generaciones, que era bien pesada; porque tú sabes que la enfermería se caracteriza, pues, así como los doctores, una carrera de mucha autoridad, de mucha disciplina; igualmente éramos tratados los estudiantes de trabajo social, con ese rigor pues, ¿no?, ir con un uniforme. A mí de veras lo que más me impactó fue eso, lo de las prácticas en el Hospital Civil de Guadalajara, pues ir a cuidar enfermos, ver cómo estaba el hospital, inclusive, desde cómo estaba su conformación; pasar por los descansos donde, pues, tenían los cadáveres, o sea una serie de cosas. Eso para mí de veras que, pues, me impactó mucho.

Yo termino la carrera en 1964, estoy de 1961 a 1964. Termino, me quedo en Guadalajara las vacaciones para sacar mi título. Lo hago en una institución que se llamaba Hospital Psiquiátrico Infantil. El doctor que lo dirigía, pues fue también mi director de tesis. Me quedo allá las vacaciones para venirme titulada, después de haber presentado el examen profesional, con tesis y todo. Me vengo con mi título a Hermosillo y me voy de vacaciones a Magdalena y cuál sería mi sorpresa, me hablan y me dicen que ya tengo trabajo aquí en Hermosillo, ¿no?

Yo creo que lo que realmente pasó fue que, como la gente inclusive ni sabía de qué se trataba la carrera o qué onda, pero por ahí se corrió, llegó una trabajadora social, ¿y eso qué es? Pues como que había mucho campo donde trabajar, entonces empiezo a laborar como personal fundador del ISSSTESON que estaba recién horneadito y empiezo a trabajar ahí. Me da trabajo don Armando Hopkins Durazo que fue el primer director del ISSSTESON. Entonces él me da trabajo en el área de vivienda, en ese entonces el ISSSTESON estaba echando a andar su primer programa de vivienda que fue en la colonia Periodista, aquí en Hermosillo.

Entonces a mí me tocaba hacer todo los estudios socioeconómicos de la familia, todo lo que tuviera que ver con la cuestión social y económica de las familias que estaban solicitando vivienda. Al mismo tiempo, inmediatamente, me sale otra chamba, otro trabajo, en el Hospital Campestre Cruz del Norte que acababa de ser inaugurado, ¿key? Como trabajadora social, o sea, no me las acababa con la chamba. Tenía horas corridas en el ISSSTESON y en la tarde trabajaba en el Hospital Campestre Cruz del Norte.

Ahí duro un año, para septiembre de 1965, se me había invitado a colaborar, el doctor Abel Hernández, que en ese entonces era el director de la Escuela de Enfermería y Obstetricia, había pensado en que se fundara la Escuela de Trabajo Social. Entonces, él me llama y me dice: "bueno, como tú eres la única trabajadora social aquí, queremos que



Archivo Trabajo Social, Unison

XXII Aniversario del Departamento de Trabajo Social.

nos ayudes para la conformación de la Escuela de Trabajo Social...". Creo que la visión del doctor, como doctor, vio en la carrera el nexo con el área de salud, y de cómo faltaban estos profesionales; había pues un hueco, ya se empezaba a conocer la función del trabajo social y había esa necesidad de que hubiera un profesionista...

Otra cosa bien importante... a mí se me figura que por ahí fue lo que decidí... se contaban con los dedos de las manos las carreras y las opciones que había para las mujeres, y como en ese entonces, como que trabajo social era una carrera con inclinación para la mujer y aquí no había nada. Había ingeniería, derecho, creo que en ese entonces, poquísimas mujeres entraron a estudiar ingeniería, nadie en agronomía... pero la gran mayoría de mujeres estudiaba comercio, auxiliar de contabilidad, alguna cosa así; entonces por ahí también fue una de las razones...

Yo daba la clase de trabajo social también en enfermería, por aquí pasaron los más insignes abogados, todavía hasta la fecha y muy buenos maestros: el licenciado Miguel Ángel Cortés, el licenciado Burruel, el licenciado Gilberto Gutiérrez Quiroz; también muchos doctores que daban todo lo del área de la salud, la doctora Alonso, la abogada América Montañón, o sea pues, de todas las disciplinas...

Yo entro como tiempo completo, me tocaron clases del área básica de trabajo social, apenas iba a comenzar la primera generación... Me voy de vacaciones a Magdalena, pero ya estaban abiertas las inscripciones, y pues como cuando abres un negocio y no sabes qué va a pasar, si va a llegar gente, estás pendiente. Yo me voy pensando que hay cuatro o cinco gentes inscritas ¿no?, y vaya sorpresa, me hablan y me dicen que fueron como 120, 150 alumnas. Claro, después se fue depurando ese grupo que creo terminan 60 o más de 60 en la primera generación... Todo mundo decide venir a estudiar trabajo social, inclusive alumnas que nomás tenían la secundaria y alumnas que ya tenían la preparatoria, curiosamente algunas eran mayores que yo. Otras estudiantes que se habían ido a estudiar inglés al otro lado, vuelven y se inscriben. Fue una novedad.

El ambiente estudiantil era muy agradable porque la universidad era sumamente pequeña. Toda la comunidad universitaria se conocía por las pocas carreras que había. Nosotras estábamos ubicadas en el edificio principal, en la planta baja; también ahí funcionaba enfermería, funcionaba la radio y empezó a funcionar la televisora de la universidad. Entonces, como era una carrera muy femenina, no pues, olvídate todos los "ingenieros", los "agrónomos", para todo mundo era una novedad las muchachas de trabajo social; por ejemplo, todas las pruebas que se hacían en la televisora, todos los días, nos invitaban a hacerlas, inclusive hasta las maestras. Total, muy agradable porque todo mundo se conocía, que los bailes, que elegir a la reina de la universidad, todos los eventos deportivos, pues ahí estaban.

Otra cosa también muy agradable, fueron los intercambios académicos, principalmente con la Universidad del Estado de Arizona que está en Tempe. Entonces venían estudiantes para acá y nosotros íbamos para allá, pero íbamos de todas las carreras... En 1967 se da un movimiento muy fuerte, muy

fuerte. Estaba tomada la universidad con los estudiantes adentro. Los maestros no estábamos en huelga, pasan los meses y el doctor Hernández nos dice a mí y a Leticia Lagarda: "vamos a averiguar o averigüen ustedes, voy a enviarlas a estudiar a México para que no estén perdiendo el tiempo aquí".

Esa fue otra experiencia muy interesante, porque me voy durante tres meses a tomar un curso de Especialización en Supervisión en Trabajo Social en una escuela que en ese entonces era pionera, era vanguardia de trabajo social, la Escuela Vasco de Quiroga, ubicada en la colonia del Valle. Ahí estuvimos y aprovechamos el tiempo, tuvimos el apoyo, en este caso económico, de la universidad para poder ir a estudiar en parte del tiempo que estuvimos en huelga.

Creo que los cambios siempre han sido para mejorar y han sido, pues cambios muy importantes como el que se dio cuando la carrera se eleva a nivel Licenciatura de nivel Técnico. Fue un cambio muy importante, inclusive para nosotros, para la planta docente; prepararnos mejor, pues estar en la vanguardia en las cuestiones académicas y todo eso. Todo ha obedecido a un propósito de mejora, sí creo que estamos muchísimo mejor. Las condiciones laborales, todo el apoyo que nosotros podemos tener como maestros, la movilidad, el hecho de poder tener acceso, pues a otros ámbitos o universidades o escuelas que también van a la vanguardia, pues eso nos nutre y nos lleva a un cambio positivo.

Sin embargo, creo que dentro del trabajo social, su esencia, su filosofía humanista, siempre la cuestión ética, porque ahorita nos tocó trabajar esta cuestión para el nuevo plan de estudios, eso va a ser inamovible ¿sí? Podemos mejorar ciertos aspectos científicos, tecnológicos que sean para beneficio de la carrera, pero esas cuestiones fundamentales siguen persistiendo hasta nuestros días. Sin embargo, ahora nos tocó, la semana pasada, el día de la Trabajadora Social. Veíamos cómo profesionistas de nivel técnico, muchas veces nos ponen la muestra en cuanto a su compromiso con el trabajo profesional que realizan sin que para ello vaya a pesar mucho el grado académico.

Nos damos cuenta cómo en el fondo, todo es responsabilidad, todo es ética, el hecho de tratar de uno superarse y hacer mejor las cosas, siempre viendo hasta la excelencia, eso también pesa. Yo creo que no puede ser trabajo social, una carrera que al fin de cuentas no tenga una vocación de servicio, no tenga un deseo de superación. Esa es una de las cosas principales que tenemos que formar en nuestros estudiantes, sin descuidar todas las cuestiones de carácter académico. Hacer un trabajo social más científico, que tenga presente siempre la investigación de los problemas sociales, pero lo fundamental tiene que estar allí en la responsabilidad y en la ética. Pero definitivamente todas las condiciones han mejorado para nosotros. Yo les digo mucho a los estudiantes, porque hay veces que a lo mejor no lo valoran todo. Todo lo que tenemos ahorita, nuestra universidad, y en este caso, nuestro Departamento de Trabajo Social que no teníamos antes.

Amelia Iruretagoyena Quiroz



Jose Verdugo

Integrante de la primera generación de egresadas del Programa de Trabajo Social. Maestra en Administración por la Universidad de Sonora. Doctora en Criminología por la Universidad La Salle de Castilla-La Mancha, España. Profesora del Departamento de Trabajo Social desde 1968. Actualmente es directora de la División de Ciencias Sociales de la Universidad de Sonora.

Nací en Magdalena, ahí me crié y ahí hice la secundaria. Bueno, cuando terminé la secundaria, era el pensar estudiar una carrera universitaria y en ese tiempo era un poco cerrado todavía el ambiente para las mujeres, sobre todo desde la perspectiva de las familias. Yo me acuerdo que hubo que convencer a mis padres de poder salir de Magdalena para venirme a estudiar. Empecé a acercarme con amigas que yo tenía viviendo aquí para saber qué carreras existían en la Universidad. Me empezaron a hablar de trabajo social y decirme que ellas también estaban interesadas en esta carrera. Me explicaron un poco de qué se trataba.

Ya en ese tiempo había concluido su carrera quien más tarde vino a ser mi maestra, María Dolores Carvajal Granillo. Ella había concluido sus estudios en Guadalajara y aunque yo nunca tuve la oportunidad de platicar con ella sí platicué con gente cercana que me explicó también lo que ella había estudiado. Me pareció que era algo que tenía que ver con cuestiones que yo, pese a esa edad, me parecía que eran importantes; conocer y estudiar problemas que afectaban a las familias, que afectaban a las comunidades, que afectaban a ciertos grupos de la población, ¿no?

Yo quizá, por la influencia de mi padre, porque para él siempre fue muy importante las condiciones de vida de la gente que trabajó para él en el campo. Creo que eso influyó en mi perspectiva de aspirar a poder contribuir en algo, ¿verdad? Para que las condiciones, sobre todo de quienes trabajan en tareas del campo pudieran mejorar, me vine aquí a la Universidad de Sonora. Empecé la carrera, desde un principio me sentí muy identificada, nunca pensé en dejar la carrera como a veces puede suceder en esa etapa de la vida. Ya a la distancia, yo te puedo decir que elegí lo que era realmente mi vocación. A veces me he puesto a pensar, qué otra cosa pudiera haber estudiado y como que no me

veo en otro lugar. Creo que elegí lo que realmente me ha apasionado.

A la universidad entro en 1965, que es cuando la apertura de trabajo social. Pertenecemos a la primera generación 1965-1968. Estábamos ubicadas en el edificio principal, fuimos alrededor de 122 alumnas las que nos inscribimos. De esas, poco a poco algunas fueron abandonando la escuela; finalmente llegamos a graduar 66. Yo era de las pequeñas del salón, ¿por qué?, porque la mayor parte venían ya de la preparatoria. Éramos muy pocas las que íbamos con el nivel de secundaria. Yo tenía la fortuna de venir con muy bueno promedio de la secundaria, fui la mejor estudiante en ese tiempo con el más alto promedio de la secundaria, ¿no?, y eso me ganó el liderazgo también entre las compañeras, aunque fueran más grandes que yo. Ya empecé de alguna manera a manifestar ciertas características de liderazgo... Era muy traviesa, normalmente piensan de mí como seria, pero bueno, en la época de estudiante fui una alumna muy bromista, muy fiestera. Ya tenía esa fama en el grupo que me identificaban como “la señorita I”, porque mis maestros y ellas mismas tenían dificultad para decir el apellido “Iruretagoyena” y empezaron a decirme “la señorita I”. Así, ¿verdad?, transité por la carrera con el “señorita I”.

El ambiente en ese tiempo era de mucho compañerismo a nivel general universitario, porque pues, realmente las escuelas eran todavía chicas. Entonces todo lo que tenía que ver con la convivencia estudiantil, pues era, era muy común, ¿no? Estar en los festejos que hacían los químicos, que hacían los ingenieros, que hacían los de la Escuela de Agricultura y Ganadería, que hacían los de derecho. En fin, estábamos muy, muy relacionados todos los universitarios. Teníamos muchas amistades de distintas carreras y niveles socioeconómicos, pero era algo muy bonito porque ahí no veíamos las diferencias; por ejemplo, en mi generación a mí me tocó estudiar con compañeras, que aún las conservo como muy buenas amigas, de un nivel económico de la clase empresarial fuerte de aquí de Sonora y sin embargo, nos mezclábamos muy bien. Hicimos amistades fuertes que hasta la fecha se conservan.

Del surgimiento de la Escuela de Trabajo Social, el doctor Abel Hernández siempre nos platicó que en una ocasión que había ido a la Ciudad de México, vio a una jovencita al frente de un grupo de campesinos haciendo gestión en la Reforma Agraria. Él la veía cómo se desenvolvía y cómo hablaba a favor de los derechos de los campesinos. Entonces se acercó y preguntó quién era y le comentaron que era una trabajadora social; entonces empezó a preguntar de qué se trataba la carrera y a informarse en la UNAM. Le dieron información y se vino a hablar con autoridades universitarias, entre ellos con el ingeniero Armando Hopkins Durazo, que era el director del Centro de Estudios Económicos y Sociales.

Entre los dos presentaron la iniciativa al entonces rector, que era el doctor Moisés Canale. El rector acogió también la idea, les pidió que elaboraran el proyecto correspondiente. El doctor Hernández invitó a médicos sobre todo, a abogados, a que lo apoyaran en la construcción de ese primer plan de estudios y por supuesto, pues, acercó planes de estudios de



Aspecto de la ceremonia de graduación de la generación 88-92. 21 de agosto de 1992.

las Escuelas de Trabajo Social, sobre todo en el caso de la UNAM. Con base en ese plan de estudios y a lo que ellos mismos consideraron podría ser el perfil del trabajador social se configuró ese primer plan de estudios. Si tú observas, ese primer plan de estudios te vas a dar cuenta que prevalece el enfoque que le hemos denominado parajurídico y también el paramédico; ahí están perfectamente retratados en ese primer plan de estudios y yo te diría también, el parapsicológico.

Tengo un magnífico recuerdo de mis maestros, porque se adaptaron muy bien a las características que nosotros teníamos en esa etapa como adolescentes. Podíamos hacer bromas, podíamos de alguna manera, a veces, hacer travesuras pesadas ¿verdad?, y sin embargo, nunca nos costó ni una amonestación formal ni mucho menos un procedimiento de algún tipo de expulsión; nos toleraron muy bien, vamos...

Hicimos muchas travesuras, luego al doctor Hernández se le ocurrió comprar motos para que fuéramos a las prácticas escolares y total que trajeron a probar unas motos de la Datsun, pues, el acabose. La que no se cayó, se estrelló contra un árbol, total que el rector dio la orden de que por ningún motivo nos fueran a comprar las motocicletas; es más, en ese inter que estábamos probando las motos, hubo una manifestación para el baile de la Escuela de Agricultura y Ganadería. Agarramos las motos y nos fuimos a la

manifestación en las motos. Al otro día era un escándalo, pues todavía las motos no se compraban y nosotras ya andábamos luciéndolas en la manifestación...

Yo egreso de trabajo social en 1968, y bueno, considero que en la parte laboral, afortunadamente nunca tuve la necesidad de ir a tocar una puerta y pedir trabajo. Mi currículo como estudiante valió que los profesores me recomendaran. Mi primer trabajo fue en un jardín de niños, ahí duré aproximadamente dos años; después empecé a trabajar en Molino Harinero San Luis, una experiencia que realmente ayudó en mi desarrollo profesional; me afianzó mucho los conocimientos adquiridos en la carrera, pero sobre todo, por la posibilidad de realmente desarrollar tu creatividad.

Dejo Molino Harinero San Luis, lo hice más bien por motivos de tipo personal, es decir, mi novio y yo decidimos casarnos... Entonces puse mi renuncia y bueno, curiosamente, renunciando ahí, sin yo buscar trabajo, me hablan de la Escuela de Trabajo Social, estando como directora Rosa Cecilia Esquer Moreno y me pide que la apoye en la Secretaría Académica. Yo le digo, bueno te voy a apoyar por los meses que me quedan antes de casarme; como era un poco la cultura en ese tiempo, ¿no?; te casas y dejas de trabajar, tenía 23 años. En la Escuela de Trabajo Social, cuando egresé, empecé a dar clases por horas sueltas,

trabajaba fuera de la universidad y daba clases... En realidad, cuando entro de tiempo completo fue en 1974, precisamente el mismo año que me caso, ¿verdad?

En la escuela trabajábamos muy en armonía con relación a la dirección y con los profesores, hasta el momento que se presenta el conflicto STEUS-Unison. Esto debe de haber sido en 1976. Otra compañera y yo, la maestra Hilda Benítez Carreón, que también era maestra, nos identificamos con la lucha que tenían los trabajadores. Nos parecía justo que estuvieran luchando por reivindicaciones de tipo laboral, porque de hecho en ese entonces, ni los trabajadores ni los maestros teníamos prestaciones; sobre todo las prestaciones de tipo médico, ¿no?

Entonces cuando los trabajadores iniciaron el movimiento de huelga, pues a nosotras nos parecieron justas sus causas y entonces, los acuerdos que tomábamos en el Consejo Directivo, empezamos a oponernos a ciertas decisiones que venían de Rectoría, de Castellanos Idiáquez. Una de esas que fue francamente la que marcó, vamos a decir el rompimiento, fue que curiosamente quienes propiciaron la primera huelga en la universidad fueron las propias autoridades universitarias, porque para presionar a los trabajadores, pidieron que los maestros no se presentaran a trabajar, ¿sí?

La presión vino de la autoridad para que los maestros no se presentaran a dar clases. Entonces tomamos un acuerdo de Consejo Directivo donde decíamos: “Sí clases”. La rectoría decía: “No clases” y por supuesto, la directora, Rosa Cecilia Esquer, sentía compromiso por apoyar la postura institucional o de fidelidad al rector, pues ella ¿verdad?, se inconformó de que nosotros, a nivel de Consejo Directivo, hubiéramos tomado el acuerdo de “Sí clases”. Los maestros de trabajo social nos seguíamos presentando a dar clases y vino la orden desde la Secretaría General Administrativa, del licenciado Valderráin Otero, de desprogramarnos, en el caso de la maestra Hilda Benítez. Y a mí, solicitarme la renuncia a la Secretaría Académica y obviamente yo sabía que era un puesto de confianza y renuncié...

Inmediatamente yo reclamé lo que era mi tiempo completo, porque ya tenía nombramiento como tiempo completo comisionada a lo que era la Secretaría Académica. Entonces pues, cuando se da esa situación, de hecho a mí me trató de comprar el licenciado Valderráin Otero. Me mandó hablar y me dijo que él había tenido una amistad muy bonita con mi padre, que era una persona a la que él estimaba mucho; entonces me dijo también que, a cambio de que yo dejara de estar defendiendo a los trabajadores y que no me involucrara en la defensa de la otra compañera, de Hilda, me ofrecían la coordinación de la escuela.

Yo le dije que no, que no, que definitivamente no... Simplemente yo consideraba que los trabajadores ¿verdad?, habían iniciado una demanda que me parecía justa y que por otra parte, yo tampoco iba a traicionar a mi amiga y compañera, que yo iba a estar en la lucha de lo que ella defendiera y que yo iba a estar con ella... Desde esa fecha la relación en la escuela estuvo marcada por la fricción.

En 1983, cuando está Rivera Zamudio en Rectoría, nos “tiran la pelotita”, tanto a la maestra Hilda como a mí, para un posible cambio en la coordinación de la escuela. A través del grupo de apoyo ¿verdad?, me convencieron a mí. Yo me acuerdo que una comisión me visitó en mi casa: “tiene que ser una de ustedes dos, no puede ser de otra manera porque ahorita se trata de que entre alguien que pueda tomar medidas fuertes ahí en el departamento”. Porque ahí estaba una corriente muy fuerte de los que se denominaron “micos”, que era un movimiento fuerte mezclado de profesores con estudiantes que estaban caracterizados como golpeadores. Pensaron que para ese momento, quien tenía que asumir la coordinación era yo ¿verdad? Hilda también coincidió...

Se le propuso a Rivera Zamudio que yo viniera en la terna para efecto del nombramiento, obviamente el Consejo Directivo, que en ese tiempo ya estaba conformado por maestros afines a la coordinación, me rechazó. Sin embargo, como lo marcaba la Ley 103, era facultad del rector nombrar coordinador, si el consejo no se ponía de acuerdo. Y el rector hizo la designación y así fue como llego yo al departamento. Obviamente, hubo una reacción muy fuerte de la gente que tenía en sus manos la dirección de la escuela...

Recuerdo muy bien que esa noche, antes de que empezara mis funciones, me habló el doctor Soto Lamadrid y me dijo: “procura llegar muy temprano porque de seguro esta gente va a tomar las oficinas”. Dicho y hecho, yo llegué como a las seis de la mañana, y todo transcurría más o menos bien, pero como a las siete de la mañana ¿verdad?, llegó el licenciado Guillermo Moreno Figueroa, integrante de los “micos” que apoyaba a la coordinadora, y me dijo: “maestra, sálgase, venimos a cerrar las oficinas”. “Yo no me salgo”, le dije, “yo estoy en donde tengo que estar”, ¿no? Entonces ellos me encierran, por eso es que se manejó como un secuestro. Lo cierto es que sí me dieron la posibilidad que me saliera; yo no me quise salir, porque era entregarles la escuela, ¿verdad?

Yo me quedé sola adentro, pero rápidamente las estudiantes, yo no supe ni cómo se dieron cuenta, porque empezaron a tocarme la ventana. Entonces se empezó a correr la voz y las estudiantes se juntaron y se pusieron enfrente con pancartas ahí apoyando... Otro episodio que nunca se me va a olvidar es que entró una persona de sombrero, un tipo bien parecido, llegó y así callado y yo le hablaba: “¿y usted que anda haciendo?”, y no me contestó nada y fue y cortó los cables del teléfono. Ahí sí ya se configura el secuestro porque me incomunicaron, pues ¿no? Así como entró volvió a salir sin hablar nada, sin contestarme lo que yo le preguntaba: “y a usted quién lo manda, ¿quién es?” Callado, verdad, o sea, salió de la oficina y se fue...

Quedé completamente incomunicada, pero ya se había corrido la voz en la universidad y se dejó venir mucha gente de los trabajadores. A mí no me tocó verlos porque yo estaba adentro de las oficinas. Dicen que se dejó venir la masa de trabajadores y de estudiantes de economía para desalojar al grupo este de los “micos”, total que ahí se dio el enfrentamiento, ¿no? Ahí se identificaban “micos” contra “activistas”... total que se dio una situación bastante fuerte, un enfrentamiento. Cuando ya quitaron a los “micos” de la puerta, entraron el doctor Jorge Pesqueira y el doctor Miguel

Ángel Soto Lamadrid a la oficina y me sacaron de ahí. Me dijeron que me iban a llevar a Rectoría a esperar que las cosas acá se calmaran, pasaran.

Bueno, cuando ya se calman las cosas empezamos a trabajar. Mi idea del trabajo social siempre ha sido de una profesión de tipo interdisciplinario. Empecé, vamos a decir, a llamar a gente de otras área de conocimiento; de sociología me traje a Maren Von Der Boch; me traje a alguien experta en el área educativa, que ella después se nos fue, Tere Brito; a la maestra Lupita Terán; al maestro Pasillas también, que fue el que nos apoyó en la propuesta curricular, pues es la primera vez y la única vez que la Escuela de Trabajo Social ha tenido un maestro visitante. También reestructuré la planta docente, fue cuando le pedí a la maestra Olivia Peralta que se viniera con nosotros. Ella estaba como jefa de Trabajo Social en el DIF. Invité a la maestra Manoly Guillén, a la maestra Mary Carrasco, a la maestra María de los Ángeles Ruiz, a Saúl Hernández que él estaba en el Departamento de Planeación de la universidad. Yo lo llamé a colaborar como secretario académico y estuvo también Enrique Carreón...

Sí fue una reestructuración muy fuerte de la planta docente. Al principio vamos a decir con ciertas tensiones, ¿por qué?, porque los maestros que se incorporaron, algunos de ellos, vamos a decir, buscando conciliar entre los intereses de los viejos y los nuevos, ¿no?, en un plan más conciliador; otras con un trabajo, con una posición un poco más confrontativa, entonces vivíamos también un ambiente de ciertos conflictos internos, por diferencias de tipo ideológico, si tú quieres o en la perspectiva también de la orientación para el departamento; entonces, de alguna manera, las fuerzas todavía al interior un poco en pugna.

Algo que yo traía en mente desde que había tomado la coordinación, era implementar la licenciatura, porque además era una deuda que teníamos con los estudiantes. Hubo, en la época de 1974, cuando el plan de estudios se cambió con la promesa de que se iba a ofrecer la Licenciatura en Trabajo Social, inclusive esa generación que fueron alrededor de unas 15 o 16, todas venían ya con preparatoria, porque se suponía que se iba a dar el paso hacia la licenciatura.

Entonces, me di a la tarea, y lo digo sin presunción personal, me di, porque el proyecto se le había encargado a otra persona que habíamos contratado con la Licenciatura en Trabajo Social y finalmente, pues esta persona no logró concretar el proyecto, ¿no?... Entonces yo agarré el proyecto por mi cuenta, primeramente toqué la puerta aquí en la universidad, aquí me dijeron que no estaba presupuestado, que no podía hacerse nada. Entonces lo que hice fue hablar con mi amigo Luis Donald Colosio Murrieta, que éramos muy amigos ¿verdad? No sabía ni qué era lo que en concreto él pudiera hacer.

Entonces cuando yo estuve en la Ciudad de México, lo visité y le dije: “quiero ver si tú me puedes apoyar de alguna manera, abriéndome las puertas aquí ante las instancias educativas”; y me dijo: “sí, claro, como no” y le habló por teléfono al secretario de educación o subsecretario, Luis Medina quien me recibió inmediatamente en su oficina y

me dijo: “bueno, ahorita voy a pedir a mi equipo, el que se encarga de ese tipo de cosas que tiene que ver con la parte presupuestal y de apoyo a las universidades que te atiende”. Y sí, ahí ya me puso en contacto. Estando ahí mismo en México hice el contacto con la UNAM para buscar apoyo, luego empezamos a trabajar en un convenio con ellos.

Cuando regresé, le informé al rector que sí nos iban a bajar un recurso la federación para poder implementar la licenciatura con un proyecto con la UNAM. Efectivamente, presentamos el proyecto formal ante la Subsecretaría de Educación Superior en México. Estaba entonces el doctor Salvador Malo Álvarez, de hecho fue con ellos con quien firmó el convenio la universidad y ya quedó todo definido, las materias que iba a impartir personal de la Escuela Nacional de Trabajo Social. Yo me había pasado allá un par de semanas en México hablando con la gente, haciendo ya las contrataciones. Finalmente pudimos concretar el proyecto; la universidad, con recursos, pues no podía decir que no se podía.

Empezamos aquí también el aspecto administrativo interno, ya vimos con el Departamento de Servicios Escolares y más concretamente con Incorporadas, qué materias del plan de estudio de nivel técnico podíamos revalidar, cuáles vamos a decir, no habían estado presentes en la formación de los técnicos. Fueron 18 materias que dijimos sirven para la actualización y para los créditos que hacen faltan; entonces se hizo una revalidación, entre las materias del nivel técnico más las materias complementarias que convenimos con la UNAM para impartirse. Entonces se hizo el programa de nivelación. Los maestros fueron de la UNAM.

El programa de nivelación cubrió dos aspectos, por una parte fue la nivelación de los que no tenían preparatoria para que la adquirieran, porque había una parte de profesores que sí la teníamos. Con eso se inició primeramente la primera generación. Entonces, después de año y medio que concluyeron los que habían estado en esta fase de nivelación de la preparatoria, entraron en un segundo programa de nivelación, pero ya desde ese momento, como el acta de Consejo Universitario habla de la creación de la licenciatura, porque para poder otorgarle a los profesores el grado de licenciados, teníamos que tener un plan de estudios registrado ante la Secretaría de Educación Pública como Licenciatura en Trabajo Social.

Entonces, la licenciatura se crea desde ese momento y años más tarde, cuando ya terminan estos programas de nivelación, viene una reestructuración del plan de estudios para ofrecerlo a nivel abierto, que es cuando entraron en este plan de estudios todos los procesos mediadores y todo lo que había formado parte de la currícula de los docentes, ¿no? Entonces se hace esa reestructuración del plan de estudios y bueno, equivocadamente se habla como la fecha del inicio de la licenciatura. Pero el inicio de la licenciatura había estado anteriormente desde que se inicia el programa de nivelación, porque de hecho, ya después no hay otra acta de Consejo Universitario que hable de la apertura de la licenciatura; hay de la modificación de un plan de estudio, pero de la licenciatura, no.

Hilda Benítez Carreón



Foto de archivo

Integrante de la primera generación de egresadas del Programa de Trabajo Social. Formó parte del personal docente del departamento por más de 25 años. Ocupó diversos cargos: coordinadora del Departamento de Trabajo Social. Fue la primera mujer en la Universidad de Sonora en ser nombrada secretaria general de la Universidad de Sonora. Durante su trayectoria dentro del departamento, le tocó impulsar el Proyecto de Nivelación para la Homologación de los Docentes al Grado de Licenciatura.

Cuando terminé la preparatoria en la Universidad de Sonora, ninguna de las carreras que ofrecía la institución en aquellos tiempos, llenaban mis expectativas. Casualmente una compañera de preparatoria me informó que se estaba abriendo una carrera técnica de trabajo social que brindaba materias con cierto contenido de psicología que era lo que yo apetecía. Me dirigí a informarme y me entrevisté con el doctor Abel Hernández Aguirre, quien era director de la Escuela de Enfermería y Obstetricia y quien posteriormente sería nombrado como director de la Escuela de Enfermería y Obstetricia y de Trabajo Social, pues estas carreras, durante algunos años, funcionaron vinculadas administrativamente...

El entusiasmo y forma de describir la función de las futuras trabajadoras sociales me impactaron gratamente. Me dijo que “seríamos las gestoras de las instituciones ante las clases necesitadas, nos abocaríamos a las comunidades para enseñar condiciones de vida mejor, aportándoles conocimientos y recursos”. Me entregó un programa de la carrera que era un listado de materias. Me convenció y aún sin los documentos me inscribió en una lista que, para mi sorpresa, era ya muy larga. El doctor Abel Hernández Aguirre, no solo fue el primer director de la escuela, sino realmente quien impulsó su creación y más que un gran profesor, se convirtió en un gran amigo de todas...

Pertenezco a la primera generación de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Sonora. Ingresé en 1965 con alrededor de 80 compañeras, todas mujeres, ya que en aquel momento se suponía que la función que se desarrollaba en esa profesión se identificaba más con el perfil femenino. En aquel entonces se denominaban “escuelas” la formación que se ofrecía en la Universidad de Sonora: Escuela de Derecho, de Ingeniería, Enfermería, Ciencias

Químicas, de Agricultura, etcétera. La carrera se cursaba en tres años, era considerada de carácter técnico, no se requería haber cursado la preparatoria para ingresar. Egresamos en agosto de 1968 las primeras 61 trabajadoras sociales de Sonora, quienes rápidamente nos incorporamos a la vida laboral. Tanto mi secundaria como la preparatoria las cursé en la Universidad de Sonora, en aquel tiempo la institución ofrecía estos niveles.

En nuestro grupo, ya que las más de 80 compañeras compartíamos el mismo salón de clases, tan apretujadas que apenas podíamos pasar entre un banco y otro y en algunos momentos teníamos que brincarlos, se creó un ambiente de gran camaradería y amistad que de muchas formas hoy aún permanece. Fuimos muy solidarias y unidas, entre todas decidíamos lo que considerábamos lo mejor para todas; desde cómo sería nuestro uniforme, como apoyar económicamente a las que no podían adquirirlo, comprar los libros en conjunto a las editoriales, protestar por algún maestro, solicitar cambios de fecha para algún examen; también para trasladarnos a nuestras prácticas que en aquel entonces se nos había proporcionado la posibilidad de hacerlo en “moto”; tuvimos que aprender a usarlas, sin omitir los golpes y sustos que esto nos ocasionó...

Nuestro salón de clases estaba ubicado en el edificio principal conocido como el de rectoría. Siempre estaba, por lo general, durante las tardes, lleno de compañeros de otras escuelas que nos visitaban; motivo por el cual, en algunas ocasiones, el propio rector, doctor Moisés Canale Rodríguez, nos llamaba la atención por la algarabía que suscitábamos. Las diversas actividades que organizamos siempre fueron para todas, tanto en la organización como en su participación: asistir a eventos académicos, paseos, bailes, y hasta despedidas de solteras, sin omitir el momento en que tuvimos que decidir si entrábamos al movimiento estudiantil que nos tocó vivir en 1967.

Nos solicitaron compañeros de otras escuelas que formáramos la sociedad de alumnos y así lo hicimos para formar parte de la FEUS (Federación de Estudiantes de la Universidad de Sonora). A mí me tocó la distinción de ser la primera presidenta de la Sociedad de Alumnos de Trabajo Social y por ello participar en la FEUS activamente. Sería todo un capítulo hablar de ese movimiento, lo que no corresponde en este momento. Lo que sí quiero resaltar que todas participamos activamente, con un gran sentido de compromiso e idealismo y que todas y cada una de las decisiones que tomamos fueron consensadas y asumidas valientemente...

Es importante resaltar que no existía en el estado ninguna otra escuela de trabajo social, la más cercana y conocida por nosotros era la Universidad Femenina en Guadalajara, Jalisco, cuyo plan de estudios era similar al nuestro y la Escuela Nacional de Trabajo Social en la UNAM. Nuestro marco de comparación fue escaso, a los eventos que asistimos como alumnas siempre fue en actitud de aprender alejadas de discusiones y posibles críticas. Nuestra formación fue asistencial para las instituciones, que el modelo de desarrollo del país impulsaba. Cursamos materias de Derecho Penal, Civil y Mercantil. Fueron nuestros docentes los licenciados

Rubén Díaz Vegas, Gilberto Gutiérrez Quiroz, Hugo Pompa, Miguel Ángel Cortez Ibarra, entre otros; así como médicos y psiquiatras como el doctor Abel Hernández Aguirre, doctor Luis Ceja, quienes impartían las materias de Salud Pública y Mental. Educadoras y nutriólogas como María del Carmen (Hedy) Pastor quien nos impartió Puericultura, y Leticia Largada Muñoz con Nutrición; la enfermera Emma Corella Fontes con Primeros Auxilios. La única trabajadora social, María Dolores Carvajal Granillo, nos impartió la Teoría de Caso, Grupo y Comunidad. Realizamos las prácticas de trabajo social en instituciones como el Hospital General del Estado, el Centro de Salud, la Penitenciaría del Estado, el Hospital Cruz del Norte, en el ayuntamiento y en colonias, entre otros.

Cuando egresé, en agosto de 1968, se dieron las posibilidades de trabajar en algunas instituciones como el Hospital General del Estado, que contrató de entrada, a diez trabajadoras sociales. El Instituto Mexicano del Seguro Social también contrató un número importante, alrededor de 12. El Hospital Cruz del Norte con tres; los organismos de agricultores, cinco; las industrias harineras otras cinco; la Penitenciaría del Estado, cuatro, por poner algunos ejemplos. Una gran mayoría fuimos contratadas para desarrollar nuestra profesión en un lapso no mayor de siete meses. Mi primer trabajo fue en el Instituto Mexicano de Protección a la Infancia y la Familia (IMPI) de Sonora que es similar a lo que hoy se conoce como DIF (Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia). El puesto era de trabajadora social y junto con otras tres compañeras nos encargábamos de asistir a las personas de escasos recursos que se acercaban a las oficinas o directamente con la esposa del gobernador del estado, en ese entonces Lilian Escalante de Félix, para solicitar apoyo como medicinas, pasajes, láminas de cartón, actas de nacimiento, ingreso a algún hospital, escuela, etcétera.

Realizábamos entrevistas, investigaciones de campo y otorgábamos el apoyo o lo canalizábamos a otra institución pública con las respectivas recomendaciones. Mi segundo empleo fue en el Departamento de Orientación Vocacional de la Universidad de Sonora, a mediados de 1970, cuya función como trabajadora social, era entrevistar a los alumnos que solicitaban el servicio, hacer su expediente familiar e historia escolar, aplicar y calificar baterías de exámenes psicopedagógicos y concluir con una evaluación



Aspecto de la ceremonia de graduación de la generación 88-92. 21 de agosto de 1992.

de su desempeño escolar y su entorno familia, para poder orientarlos en una de la decisión más importante que es la vocacional. Trabajé estrechamente con psicólogos, profesores orientadores y otra trabajadora social egresada de la Universidad Femenina de Guadalajara, Jalisco.

Ingresé como maestra de horas sueltas en enero de 1972 a trabajo social, porque una compañera que estaba de docente se iría a vivir fuera de la ciudad; ella impartía las materias de Teoría de Grupos y Práctica de Grupos. En aquel tiempo no había evaluaciones para ingresar, ni exámenes de oposición, solo me entrevisté con su entonces director, doctor Jesús Acedo Valenzuela y este me contrató. Fue en 1976 cuando la universidad otorgó las primeras plazas de tiempo completo. A trabajo social le fueron asignadas las cinco, correspondiéndome una a mí. Es importante destacar que durante los 30 años que fui docente de tiempo completo o de asignatura, porque adquirí otras responsabilidades, la escuela siempre me apoyó a mí y a otras docentes con recursos y tiempo para nuestra formación y superación, tanto docente como disciplinaria.

En la época de los setenta se presentaban movimientos estudiantiles en todo el país y la Universidad de Sonora no era ajena a ello. Se cuestionaba la educación autoritaria y vertical y la formación de cuadros de profesionales que sirvieran a un sistema que perpetuara un poder hegemónico. Sin embargo, en trabajo social se vivía una contradicción, porque durante el sexenio del presidente Luis Echeverría Álvarez, 1970-1976, el modelo de desarrollo que pretendía impulsar la producción en el campo y en las ciudades, llevó a que la profesión tuviera muchos espacios y recursos para su actividad. En 1971 se reestructura el plan de estudios con una visión desarrollista que el país imprimía. Se incorporan aportaciones de otras disciplinas: Sociología, Economía

de México, Estadística y Metodología de la Investigación. La solicitud de estudiantes para prácticas y el poner en marcha programas con recursos, hizo que coexistiera, temporalmente, una visión contestataria crítica y una tradicional conservadora, durante 1975-1977. Los docentes de aquella época, formados con los criterios asistencialistas, nos costó un esfuerzo poder asumir un nuevo discurso. Acudíamos a cursos, seminarios y congresos con el propósito de entender el movimiento de reconceptualización en trabajo social que pretendía una nueva acción del trabajo social: romper con el modelo adaptador y crítico de la realidad, las teorías de Pablo Freire, un ideólogo latinoamericano, impregnaban el aula. Sin embargo, la realidad era otra, al menos en Sonora, donde no se podía formar, para chocar con tu empleador que era el sistema político imperante.

Optamos en forma empírica por acudir a la implementación de talleres para alumnos y docentes que nos enseñaran desde cómo construir una letrina, una cama, una alacena, hasta modelos didácticos de enseñanza con métodos audiovisuales, técnicas de participación y escucha atenta. Los docentes de la Universidad Autónoma de Sinaloa, fueron nuestro apoyo y referente, ya que su práctica la enmarcaban en acciones concretas... A mediados de los setenta y principios de los ochenta, la universidad pasó por momentos críticos en su vida institucional y los maestros de trabajo social no fuimos ajenos a ello. Dedicábamos tiempo y esfuerzo a las “luchas universitarias”. Hubo formación de sindicatos, paros, huelgas y la universidad y el departamento se dividió entre “micos” contra “activistas”; yo formé parte activa en ello. Sin embargo, pasado algunos años, todos volvimos a buscar la academia...

El hecho de que algunas docentes de trabajo social ya habíamos caminado por el sendero de una formación disciplinaria en forma dispersa y ante las exigencias de grado que se hacían patente para acceder a becas y estímulos, se optó en 1984 por iniciar acciones tendientes a buscar elevar el grado de Técnico en Trabajo Social a licenciatura.

Acudimos a la Escuela Nacional de Trabajo Social de la UNAM para lograr este objetivo. Teníamos primero que alcanzar el grado de licenciados en Trabajo Social los docentes y paralelamente hacer lo pertinente para diseñar el plan de estudio de la licenciatura.

Firmamos convenios, solicitamos y obtuvimos recursos de la SEP para ese propósito. Nos adiestramos en tareas propias de diseño curricular y tuvimos la grata experiencia de caminar por ese arduo trabajo de construir un currículo que respondiera a un perfil profesional de nivel licenciatura. Conocimos y tratamos docentes extraordinarios en el área del saber profesional y curricular, a ellos mi agradecimiento eterno. En lo particular, a mí me tocó coordinar el proyecto de Nivelación para la Homologación de los Docentes al Grado de Licenciatura, por tener yo el grado de licenciada en Psicología que cursé de 1979 a 1984. También me correspondió presentar y defender, junto con otros docentes, el plan de estudios de la Licenciatura en Trabajo Social ante una comisión académica evaluadora y ante el Consejo Universitario, por ser en aquel entonces coordinadora ejecutiva de la Escuela de Trabajo Social en agosto de 1989.

Posteriormente, asumí cargos dentro y fuera de la universidad que me alejaron del departamento. Cuando me incorporé de nuevo, a finales de 1999, se discutía de nuevo y analizaban los problemas de la curricula con el propósito de modificarla. Asistí a la academia de trabajo social y aporté lo que consideraba pertinente. Si bien es cierto, la elección de ser trabajadora social fue más bien circunstancial. Nunca me arrepentí de ello, al contrario en esta profesión hallé las bases para crecer en forma individual y para servir a mis semejantes. En la docencia encontré una forma de vida única, el poder transmitir lo que sabes y aprender de otros, ello es invaluable. A todas y cada una de las generaciones de quien fui maestra, les agradezco el privilegio de haber compartido un espacio y tiempo que, estoy segura, nos enriqueció en lo personal y profesional.

Graciela Ibarra López



Terminé la secundaria en junio de 1965 y todo apuntaba a que iría a la normal, era la única carrera corta que teníamos acá en Sonora. Yo soñaba con ser maestra ¿no? En aquel tiempo la normal se conseguía un poco por palanca y mi papá era compadre de un amigo del director, pero resulta que no sé cómo llegó a mis manos un periódico donde decía que se iba a abrir la Escuela de Trabajo Social en la Universidad de Sonora y me empezó a gustar el perfil. Un día mi papá me dijo: “¿te vas a la normal o te vas a la otra?”. Pues déjame pensarlo y en una noche lo pensé y decidí inscribirme en trabajo social.

Integrante de la primera generación de egresadas del Programa de Trabajo Social. Maestra en Ciencias de la Educación Familiar. Profesora de tiempo completo en el Departamento de Trabajo Social de la Universidad de Sonora.

Tenía muy poca información, en ese tiempo no había internet ¿no?, pero busqué libros. Me acuerdo que mi hermana estaba un poco metida en la iglesia y encontró un libro donde venía lo que era la profesión de trabajo social y me lo llevó, pero era visto desde lo religioso. Ya traía en mente, en aquel tiempo, el ayudar a la gente, ahora es investigar y resolver problemas ¿no?; entonces ahí surgió todo esto, muy poca información de la carrera solo el periódico y ese libro que se llamaba “Asistente social”... Entré en septiembre de 1965, soy de la primera generación.

Nos inscribimos muchas y de distinta procedencia. Había personas muy pobres, muy pobres y habíamos otras no tan pobres, y otras de clase alta, bastantes, pero era muy bonito porque no se notaba. Las compañeras que tenían medios ayudaban a las que no tenían, había mucha solidaridad, mucha unión, no se notaba la diferencia, nunca sentimos ningún desprecio. Yo digo que las compañeras que estaban ahí como que venían con un espíritu de ayudar a las demás, entonces ellas no hacían diferencias; yo recuerdo que a mí me trataban como se trataban ellas, recuerdo que las maestras nos sentaban por orden alfabético. A mí me tocó estar en medio de unas Gutiérrez, Hopkins, Biébrich... Me acuerdo que igualito nos llevábamos así.

En el primer año llevábamos Ética, nos daba el doctor Jiménez Cervantes que daba en la preparatoria; también nos daba el fundador de la Escuela de Trabajo Social, el doctor Abel Hernández, nos daba Medicina Social e Higiene... La excelente maestra María Dolores Carvajal, era la que se encargaba de la parte del trabajo social. Nos daban Nutrición y nos ponían prácticas en la cocina a hacer comidas; nos tocaba hacer las dietas, las famosas dietas que hacíamos, eso nos daba la maestra Leticia Lagarda. El licenciado que todavía está en la universidad, Gilberto Gutiérrez, nos daba Derecho Constitucional... Nos daban primeros auxilios, nos enseñaban a inyectar, curar, a poner sondas, todo eso ¿no? Que en paz descansa la maestra Ema Corella de enfermería, ella era la maestra. Nos daba el doctor Ceja, el de Estadística era un contador Burruel. Muchos ya murieron.

No se nos va a olvidar nunca detalles como este, el doctor Abel Hernández nos enseñaba el desarrollo de las células ¿no? Y hablaba mucho sobre la callogénesis, constantemente era terco en eso; entonces cuando venía decíamos: “ahí viene el callogénesis”, (ríe) en lugar de decir ahí viene el doctor Hernández. Era buen maestro, sí aprendimos y le ponía muchas ganas porque era algo nuevo para él, nos cuidaba mucho. La idea de fundar trabajo social fue de él. Platicaba que una vez fue a México a reuniones, porque era el director de enfermería, conoció a una trabajadora social y platicó con ella, y como era medio coqueto, yo creo que le ha de haber gustado la trabajadora social; empezó a platicar con ella y todo y de ahí nació la idea de él, de traérsela... traerse la escuela ¿no? Cuando llegó, platicó con el rector Moisés Canale y le pareció bien y así fue lográndolo.

Nosotras entramos cuando todavía no estaba bien formalizado el proceso de la escuela, el 27 de abril de 1965. El dato histórico que tengo de una junta de Consejo Universitario es que se aprobó en esa junta. Se aprobó en consejo más no estaba formalizado. Se abrió la escuela

en septiembre de 1965 y formalmente en la Secretaría de Educación, fue hasta el 11 de noviembre que quedó establecida. Nosotras quedamos volando de septiembre a noviembre, porque el 11 de noviembre ya quedó. Me acuerdo que se hizo fiesta ahí, por eso en noviembre es el aniversario, porque ese día se formalizó. Ese día la Secretaría de Educación les mandó la aprobación.

Llega 1967 que hubo el primer movimiento universitario de estudiantes, yo estaba en segundo año y empezó a surgir el movimiento. En ese movimiento no eran los estudiantes solos, era el pueblo, el pueblo entero apoyaba a los estudiantes. Entonces para el rector, para el director no había problema, no se involucraron, no estuvieron; yo creo que inclusive el rector aprobaba el movimiento, el pueblo entero. Desfilábamos no solo los estudiantes, el pueblo desfilaba, el pueblo entero. Nosotras, andábamos metidas en el borlote, nos tocaban guardias en la comida. Por comida, los estudiantes nunca sufrieron porque los empresarios, los ganaderos, los agricultores, mandaban cajas y cajas de comida para los estudiantes... Yo no estaba cuando entró el ejército, pero después entré; no sé a qué y lloré al ver cómo se veía la universidad sola. Lloré ahí con una compañera mía que no estaba estudiando conmigo y me pregunta: ¿por qué estás llorando? Porque esto es muy triste, esto es triste, triste le dije. Estaba el ejército tomando el edificio principal...

Egresé de trabajo social en 1968 y a buscar trabajo, lógicamente una carrera nueva no había mucho de donde cortar. Entonces había que abrir caminos, caminante no hay caminos, se hace camino al andar. Efectivamente, nos tocó hacer camino en diferentes áreas, la única que más o menos tenía demanda era la de salud, era la única. En ese tiempo coincidió que se abrió el IMSS en Obregón, entonces ahí albergó a muchas de la generación de nosotras. A mí nunca me gustó el área de salud, no soportaba ver sufrir a la gente enferma; entonces yo me incliné a educación, en abrir brecha en educación.

Entonces recuerdo que a otra compañera mía, también le gustó educación. Ella hizo su tesis de nivel técnico sobre primaria y yo la hice sobre secundaria. ¿Qué hace una trabajadora social en secundaria?... Me asesoró una maestra, Judith López de Méndez; ella nos daba clase, ella fue de las pioneras del trabajo social en Sonora. Era maestra de primaria, pero la Secretaría de Educación mandó una convocatoria invitándolas a cursos de verano de trabajo social, se iba a la Ciudad de México y venían ya como trabajadoras sociales... Ella ya murió, era una trabajadora social como María Dolores Carvajal. María Dolores nos vino dando de 1965 a enero de 1968, María Dolores se casó y entró ella en su lugar...

Bueno, ahora va por mí, ¿cómo me enfrenté a un mercado de trabajo donde no había nada del área educativa? Había que entrarle y decir, aquí se necesita trabajo social. Entré por lo de mi tesis a la “Prevo” y poco después, el director, Carlos Espinoza Muñoz, me habló y me dijo que le estaban pidiendo de México, porque era federal, estudios socioeconómicos elaborados por una trabajadora social, porque a los estudiantes que les daban becas tenían que llevar avalado un estudio socioeconómico realizado por



Graduación de la Licenciatura en Trabajo Social. Generación 1990-1995.

una trabajadora social. Entonces me pidió que los hiciera y, claro, los hice...

Desde ese momento, 1969, él empezó a solicitar la plaza de trabajo social a México y me decía, “cuando venga va a ser para ti...”. El 14 de mayo de 1970 presenté mi examen profesional y me titulé. Un día antes lo presentó mi compañera, el 13 de mayo. Fueron las primeras tesis de trabajo social sobre educación que se hicieron en Sonora. También trabajaba haciendo estudios socioeconómicos en el “Hogar La Divina Providencia”. Yo estaba en un grupo de la iglesia en el “Sagrado Corazón” y de ahí, el director de la casa hogar, me pidió que le ayudara; sin embargo, yo continuaba con los estudios para los becarios de la “Prevo”.

En 1972, Hilda Benítez trabajaba en el Departamento de Orientación Vocacional en la universidad con el licenciado Alfredo Cota de la Torre... El doctor Abel Hernández ya había sido destituido de enfermería. Hilda Benítez era también de la primera generación, igual que Amelia, Lucía, Rosa María, Martha Campa. Entonces Rosy Esquer estaba de directora e invitó a Hilda a trabajar a la escuela y quedó vacante la plaza de orientación vocacional. Rosy Esquer fue la primera trabajadora social que dirigió la escuela y Amelia era secretaria administrativa o académica, no recuerdo el nombre.

El caso es que Rosy me invitó a colaborar en el puesto que dejaba Hilda; me hicieron exámenes de selección, exámenes de inteligencia, de personalidad, de perfil vocacional y quedé en el puesto. Me presenté a trabajar, creo que fue el 15 de enero de 1972. Pero en 1974, el profesor Espinoza, director de la “Prevo”, me habló por teléfono a la casa y me dijo que había conseguido la plaza de trabajadora social y que me quería en ese puesto. Me dijo: “ya tengo la plaza, ya me la dieron en México, eres la primer trabajadora social en Sonora en el área de educación”. En la “Prevo”

trabajaba de dos a ocho de la noche y ya estaba trabajando en la universidad; entonces mi jefe de la universidad, para que no renunciara, me dio permiso para trabajar corrido de ocho de la mañana a dos de la tarde; o sea no iba a mi casa a comer. Bajé como 20 kilos yo creo...

En 1975, la Rosy me habló: “sabes qué, te voy a dar unas horas de clase y ahora sí deja uno de los dos trabajos para que no andes tan apurada”. Te juro que jamás en mi vida ni por aquí me había pasado ser maestra de trabajo social. Empecé con una clase que se llamaba “Visita a Instituciones” a primer año. En septiembre de 1979 hubo un tiempo completo y Rosy me invitó. Cuando entré a trabajar a la escuela fue en 1975; fue cuando

entró Clarisa, Olga, Lupe Elena... Olga fue mi alumna. Entonces en 1979, ya me quedé con el tiempo completo nomás y renuncié a la “Prevo”.

La escuela tuvo un movimiento en 1976, fue cuando se dividió la escuela, o sea Amelia e Hilda se hicieron activistas y se pusieron en contra del rector Castellanos. La Rosy se alió con Castellanos. Rosy era la directora. Rosy era muy buena persona también, pero, como era la coordinadora en aquel tiempo, se llamaba coordinador ejecutivo en aquel tiempo, pues lógicamente tenía que apoyar al rector. Yo acababa de entrar a la escuela prácticamente. Entonces se reelige Castellanos en 1978 y Rosy se vuelve a reelegir...

En 1982, Castellanos salió y entra como rector Manuel Rivera Zamudio. Creo que le tocó a Rosy todavía un año con Rivera Zamudio, se le venció el periodo, entonces ya no se podía reelegir. Ella tenía un plan de que continuara, yo me imagino que en aquel tiempo era Rosina García la que iba a continuar, pero ya estaba Rivera Zamudio. Entonces Rivera Zamudio apoyó a Amelia. Fue cuando empezaron los problemas. Había grupos que estaban con Rosy y otros que estaban con Amelia, entonces ahí empezaron los pleitos.

De 1983 ya empieza otra historia. A Amelia siempre la he caracterizado como muy activa ¿no? Entonces empezó a hacer cambios, dada la situación política de la escuela, un grupo y otro no se llevaban. Yo me mantuve un poco al margen... Cuando llegó Amelia se renovó la planta de maestros, solo Rosa María Islas, el maestro Raúl Verónica, Norma Ramírez y yo nos quedamos. Ya había una intención de cambiar la escuela. Rosy traía la intención de cambiar, inclusive un verano, en 1980, yo iba a ir a Guadalajara, entonces me pidió que visitara las escuelas de Licenciatura en Trabajo Social y que le trajera material. Eso fue a principios de los ochenta, yo le traje material, pero ya Amelia, cuando entró, le puso muchas ganas y se hizo lo de la licenciatura.

Primero hubo una generación de nosotras, las que teníamos preparatoria nos nivelamos, esa nivelación fue de septiembre de 1986 a julio de 1987. El primer curso de nivelación y terminamos e hicimos el servicio social el siguiente semestre, y ya se empezaron a titular. Amelia fue la primera que se tituló. Entró Maren Von Der Boch a trabajar con nosotras con un proyecto de investigación y ahí entramos todas. Yo me fui por la cultura, yo hice mi trabajo de tesis sobre el trabajo social en el área de cultura en el sector cultural, por eso me la asesoró Daniel Carlos. La misma Amelia me dijo: “te recomiendo al maestro Daniel Carlos que te ayude”.

La licenciatura fue una experiencia muy rica desde el momento en que uno hizo la nivelación ya sientes el cambio de cómo mejoras en lo profesional. Te sirve, tienes

más herramientas, tienes un campo tuyo de investigación y entonces ya empiezas a ver otro panorama ¿no?, desde el momento en que estudiamos la licenciatura. Creo que la escuela ha mejorado mucho en cuanto a nivel de los maestros. Fuimos nivel técnico, luego la licenciatura; los maestros por superación de la misma escuela casi todos estamos con grado de maestría ¿no?, otros tienen doctorado.

La escuela ha mejorado completamente en todos los sentidos. Yo creo que hasta los mismos estudiantes vienen más preparados. Es el cambio de época y una tiene que entrar a los mismos cambios. Qué le digo a los estudiantes ahorita, ustedes ya no van a estudiar la licenciatura y se van a ir, ahora ya no es así, el estudiante no debe conformarse con terminar la licenciatura y ya, deben seguir estudiando y preparándose mejor...

Olivia Peralta Montoya



Joel Verdugo

Licenciada en Trabajo Social por la Universidad de Sonora. Maestra en Políticas de Seguridad Públicas por la Universidad Autónoma de Campeche. Profesora de tiempo completo en el Departamento de Trabajo Social de la Universidad de Sonora. Actualmente Jefa del Departamento.

Lo que me motivó fue una plática de orientación vocacional que tuvimos en la preparatoria en mi pueblo Santa Rosalía, Baja California Sur. El director de la escuela nos dio una plática sobre las universidades más cercanas donde podríamos estudiar y nos presentó la oferta de las carreras que tenían estas universidades y a mí la que me interesó fue la Universidad de Sonora, primeramente por la cercanía. Yo soy de Santa Rosalía, Baja California Sur, entonces el director, lo primero que me dijo fue: “tú me gustas para trabajadora social, para que estudies este trabajo social”, entonces ya empecé a platicar con él, de que se trataba esto, cómo era la carrera y pues me agradó...

En ese tiempo, eran los años sesenta, y empiezan a llegar a mi pueblo una clínica del ISSSTE, se abre un centro de

salud, porque anteriormente, solo había un dispensario médico y un hospital que pertenecía a la compañía minera Del Boleo de Santa Rosalía que le daba el servicio médico a sus trabajadores. Entonces, una de las cosas que me decía el director: “si tú sales y estudias trabajo social aquí tienes un campo laboral, en el ISSSTE, en el centro de salud”. También me decía que podía trabajar en el campo escolar. Todo eso me motivó... el que de alguna manera iba a resolver toda aquella problemática que presentaba la población demandante de estos servicios. Yo me vine aquí a estudiar trabajo social a la Universidad de Sonora con una beca del Patronato del Estudiante Surcaliforniano. Yo ingreso a trabajo social el primero de septiembre de 1969. La escuela estaba bajo la dirección del doctor Jesús Salazar Acedo y el brazo derecho del doctor Salazar era Rosa Cecilia Esquer. Puedo decir que pertenezco a la quinta generación...

Aquella época fue muy bonita, era una donde había mucho compañerismo, pues había solo un primero, un segundo año y un tercer año, porque era anual, entonces, pues todas nos conocíamos. Había mucha convivencia, también con otros estudiantes como los de la Escuela de Agricultura y Ganadería porque éramos vecinos. Ellos estaban ahí donde es el DICTUS y nosotras estábamos en el ala derecha del edificio principal, ocupábamos el primero y segundo piso. A un lado de donde estaban los servicios médicos para los trabajadores universitarios, ahí se encontraba de trabajadora social, Lucía Olivares. Ella es egresada de la primera generación, egresa en 1968. Yo tuve de maestras a Amelia Iruretagoyena, Hilda Benítez, Guadalupe Domínguez. Ellas fueron mis maestras. María Dolores Carvajal no me tocó como maestra...

En cuanto a lo académico, siento que el perfil del maestro sí respondía al plan de estudios de ese tiempo. La gran mayoría de las materias tenía la orientación para el área paramédica y parajurídica, y poca paraeducativa... Teníamos los mejores abogados como maestros, Gutiérrez Quiroz, Díaz Vega... En cuanto a las materias de salud, pues ni se diga, los mejores profesionistas del área. Las maestras,

trabajadoras sociales de profesión, eran maestras con una vasta experiencia profesional que se posicionaban en buenos puestos dentro de las instituciones en que trabajaban: María Dolores Carvajal que venía de Guadalajara, Amelia Iruretagoyena con un gran puesto en el Molino San Luis, Hilda Benítez, Guadalupe Domínguez, Tere Olea, estaban bien posicionadas y tenían una vasta experiencia profesional. Eran maestras que se preocupaban por hacer la clase amena, agradable y con un contenido muy profesional, muy ad hoc a la materia que se impartía.

A mí me tocó la época cuando empezaron a organizarse los estudiantes en la FEUS. El rector era el doctor Federico Sotelo Ortiz. Empiezan a asistir a las escuelas y nos invitaron a manifestarnos y a organizarnos. El objetivo era el cambio de rector, quitar al doctor Sotelo. Incluso la escuela tiene una participación muy importante a través de Elsa Gómez, de Olga Mendoza, cuñada de Maren Von Der Bosh, de Leticia Castro. Constantemente estábamos en reuniones con todos



II Convención Nacional de Trabajo Social y Capítulo Internacional. México D.F. Octubre de 1994.

los de la FEUS. Asistimos a mítines en las escalinatas del edificio principal. Ahí estaba Maly Ruiz, creo que a Maly le costó, se tuvo que ir a terminar la carrera a Sinaloa. Además, en cuanto a participación estudiantil, también teníamos nuestro propio equipo de volibol, de basquetbol. Se hacían bailes para sacar reinas. Había de todo tipo de actividades: políticas, deportivas, culturales, recreativas; en todo participábamos.

Egresé en 1972, en aquel tiempo tenían mucho auge las maquiladoras en Nogales, Sonora y solicitaron un grupo numeroso de prestadoras de servicio social. Entonces yo me fui a Nogales a una maquiladora llamada Tel Mex a prestar mi servicio social. Hice mi servicio social y al concluirlo, quedo contratada; aparte, tenía un sueldo como prestadora de servicio social; no era una beca, era un sueldo; me triplicaron el sueldo y me quedé en esa maquiladora a trabajar.

En Nogales nada más estuve trabajando dos años y luego me fui a trabajar a servicios portuarios a Guaymas; ahí empecé a sentir que necesitaba estudiar más y consigo una beca, a través del DIF Sonora, y me voy a México a hacer una especialidad en trabajo médico social a México, D.F., a la Institución Mexicana de Asistencia a la Niñez que hoy es el Instituto Nacional de Pediatría. Los estudios de esta especialidad era estar un año allá, era vivirlo como residente a un lado de las villas que tenía el hospital infantil porque era un hospital de investigación y de enseñanza que formaba personal.

Termino la especialidad y vengo a trabajar aquí al INPI, luego después, cuando se hace el proyecto del hospital infantil, que también se llamaba hospital IMAN, aquí yo tuve mención honorífica cuando concluí mi diplomado en investigación sobre nutrición. Como un estímulo me ofrecen la Jefatura de Trabajo Social del Hospital Infantil y trabajo ocho años ahí.

Luego me invita Amelia a trabajar como docente en la escuela y heme aquí. Entro a dar clase en 1983, primero como maestra de horas sueltas, después cubro una licencia de un año que pidió la maestra Rosa María Islas, luego me invita Amelia a ser secretaria académica, ya con Hilda fui secretaria administrativa. Fui consejera universitaria, había muchos problemas en la universidad en ese entonces...

Yo te puedo hablar del departamento desde el 83 hasta el momento. Llego aquí y empiezo a trabajar coordinadamente y muy de cerca de Amelia y de Hilda en el proyecto de la Licenciatura. Primeramente nos nivelaron a nosotras para poder estar en posibilidades de incorporarnos como maestras a la licenciatura. Viene Amelia, consigue los recursos con Luis Donald Colosio Murrieta con quien va y platica. En esos tiempos era secretario de programación y presupuesto, no recuerdo bien, y él le da todos los recursos para que vinieran maestros de la UNAM como

instructores de nosotras para nivelarnos. Y sí, nos nivelaron en un periodo de un año, año y medio, no recuerdo muy bien. Mientras, en ese inter, estábamos trabajando en el proyecto de la licenciatura. Felizmente este proyecto fue aprobado por el Consejo Universitario en 1989, siendo yo coordinadora ejecutiva del Departamento de Trabajo Social. Me toca echar a andar, a recibir a los primeros alumnos, la primera generación de licenciados que egresa en 1994. Hubo cambios posteriores al plan del 89, luego hubo un cambio en 2004 en el cual yo no estuve. Ese plan de estudios le tocó a la maestra Lupe Elena Granillo y a Rosa María Islas. En ese tiempo yo estaba estudiando la maestría y me titulé de la licenciatura...

Creo que en todo este tiempo hemos crecido bastante, tenemos una planta de maestros ya mejor formada, con posgrados. Estamos posicionados en un nivel que ya se nos reconoce nacionalmente. Además, volvimos a ser acreditados por ACCECISO.

María del Carmen Marmolejo López



Joel Verdugo

Licenciada en Trabajo Social. Especialidad en Terapia Familiar. Diplomados en: Formación para la docencia en educación superior y Orientación familiar para maestros. Pasante de Maestría en Administración. Profesora de tiempo completo en el Departamento de Trabajo Social de la Universidad de Sonora.

Egresé de la secundaria en junio de 1971 e ingresé a la universidad en septiembre de ese mismo año. Deseaba entrar a la Universidad de Sonora, pero para estudiar otra carrera se requería haber cursado el bachillerato. En trabajo social a nivel técnico, no se necesitaba la prepa y por eso me inscribí en ella. Otro de los motivos fue el hecho de que uno de mis hermanos conocía a una trabajadora social y por influencia de él me animé. Mi intención era estudiar ciencias químicas en un primer momento. Desconocía totalmente lo que hacían las trabajadoras sociales, pero el hecho de entrar a la universidad me entusiasmaba.

Soy egresada de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Sonora. Físicamente la escuela estaba ubicada en la planta alta del ala sur del edificio principal, y posteriormente nos cambiaron al edificio del DICTUS donde estaba también la Escuela de Agricultura y Ganadería, actualmente es ocupado por el módulo del ISSSTESON y algunas oficinas de Recursos Humanos.

Egreso de trabajo social en junio de 1974. En el inter de 1972-1975 estudié el bachillerato en la prepa nocturna de la Universidad de Sonora. Posteriormente a la Licenciatura en Trabajo Social, estudié la especialidad en Terapia Familiar Conjunta; así también estudié la Maestría en Administración aquí también en la universidad, aún no me he titulado.

El ambiente estudiantil en aquellos momentos era agradable, nos juntábamos un grupito de 5 o 6 que más o menos compartíamos ideas –éramos muy similares–, estudiábamos juntas y hacíamos las tareas juntas. Inclusive, con algunas formé equipos de prácticas de caso, grupo y comunidad; pero no nos juntábamos con las traviesas o revoltosas. Participaba y asistía a actividades o eventos que los profesores y la directora nos decían. Recuerdo que era demasiado “introvertida”, seria y miedosa para muchas

cosas, “era muy obediente”. Para mí, todo lo que decían los profesores era ley, un aprendizaje muy importante, pues era una señorita de familia y “me tenía que portar muy bien”.

Perteneíamos a la sociedad de alumnos, pertenecemos también a la Asociación de Trabajadoras Sociales del Estado de Sonora. Asistíamos a los Congresos/Asambleas de la AMIETS. Fuimos a la ciudad de Tijuana y a Guadalajara. Así también, asistíamos y participábamos en los cursos y talleres que realizaba la Asociación de Trabajadoras Sociales del Estado de Sonora.

Tengo recuerdos muy gratos de mi vida estudiantil: unos años muy importantes de crecimiento personal. Por lo regular teníamos todas las clases. Los profesores eran muy cumplidos y responsables, pero cuando no venían, pues no teníamos clase y nos poníamos a jugar, cantar. Nos divertíamos mucho y algunas fumábamos a escondidas “cigarros Raleigh”. La Manoly tocaba la guitarra y todas las demás cantábamos. Contábamos chistes, algunas veces nos íbamos de pinta al centro de la ciudad. Así también de repente íbamos a comernos una torta con soda o café con don Cantí.

Hacíamos cada año, el 14 de febrero, el baile de los enamorados, casi todas las estudiantes de trabajo social. En esos bellos tiempos, nos poníamos de novias con estudiantes de agricultura o derecho. Pero también tengo recuerdos muy “ingratos”, pues en mi primera práctica, la de casos, que tenía que ir sola, me sentía temerosa. El “caso” era de un señor que padecía tuberculosis, iba y lo visitaba tres o cuatro veces por semana. Realicé todo el proceso con la ayuda de mi maestra de práctica, la profesora supervisora de la práctica, Amelia.

El doctor Abel Hernández era el director de la escuela, posteriormente la T.S. Rosa Cecilia Esquer Moreno. Para mí todo era novedoso y bueno, por lo que podía entender en ese entonces. Con la asistencia a las reuniones de la AMIETS, estábamos dentro de los estándares a nivel nacional, aunque sí sé que nos llegó en forma tardía la reconceptualización. La planta de maestros, muy buenos, amables, respetuosos, cumplidos y responsables.

Entre ellos puedo mencionar a Ismael Mercado Andrews, Claribel, María Dolores, el licenciado Gutiérrez Quiroz, Hilda Benítez, Rosa Cecilia Esquer, Amelia Iruretagoyena, el doctor Gastón Cano, licenciado Rubén Díaz Vega, licenciada María Inés Aragón, doctor Luis Ceja, el licenciado Domingo Gutiérrez Mendivil, el maestro Fernando Aragón, el licenciado Miguel Ángel Cortés “El Caballo”, Alfredo Cota de la Torre, Armando Castro Bolio, entre muchos, muchos, porque llevábamos muchas materias.

Teníamos muchas horas de prácticas, todas las materias disciplinares del trabajo social, pedagogía, actividades manuales, ludoterapia, derecho, psicopatología. Teníamos talleres donde hacíamos material didáctico para niños, útiles para nuestras prácticas, uno de carpintería en el que nos enseñaron a hacer banquetas de madera, letrinas, también a sembrar huertos familiares, de cocina, de cómo utilizar la soya.

Al egresar, afortunadamente no tuve dificultad para encontrar trabajo: Centro de Rehabilitación Mental el famoso “manicomio”, Asociación de Organismos Agrícolas del Norte de Sonora, A.C., en los campos de la Costa de Hermosillo, Hospital Infantil del Estado de Sonora IMAN, Colegio Central, como docente de la Carrera de Trabajo Social a nivel técnico. Las actividades que realizabas: principalmente todas las de trabajadora social, estudios socioeconómicos, visitas domiciliarias, entrevistas, estudios profundos, impartición de pláticas, salud comunitaria, trámites de defunción, terapia familiar, planificación familiar, terapia familiar, etcétera.

En agosto de 1983 ingresé como docente aquí en trabajo social. Primeramente, recibí una invitación de la doctora Amelia Iruretagoyena, pues recién asumía la dirección de la escuela, para sustituir a otra profesora. De tal manera que primeramente fui profesora de horas sueltas, después tuve la oportunidad de ganar una plaza de tiempo completo indeterminado mediante concurso por oposición. Sobre los cambios que se han dado en el departamento, quizás pueda darte cuenta de los últimos tres periodos: 87-89, programa especial en coordinación con la UNAM para nivelar a la planta docente de técnicos a licenciados, para dar impulso a los cambios que se produjeron en el plan de estudios a nivel licenciatura.

En 1990 fuimos anfitrionas del evento a nivel nacional, “Primer Encuentro Nacional de Escuelas de Trabajo Social”. Fui ganadora del primer lugar del logo y lema para este evento, mediante una convocatoria para el concurso. En 1997 fuimos evaluados por primera ocasión por los CIES con vías a la acreditación. En 2008, primera evaluación por ACCECISO para la acreditación del programa académico. 2013, segunda evaluación de ACCECISO para la reacreditación. 2006-2010 ofrecimos el programa de nivelación de egresados del nivel técnico a la licenciatura, de donde egresaron 39 nuevas licenciadas en trabajo social.

En 2010 iniciamos con el programa de licenciatura en la modalidad virtual. En 2009 preparamos el programa para la titulación con egresados con el EGEL-TS, CENEVAL. Iniciamos el programa de radio de trabajo social, tutorías, la revista SAVIA. Estuve al frente de la jefatura del departamento por dos periodos de 2005-2009 y de 2009-2013, y ¡sí que le chambeamos duro! Hemos permanecido siendo socios de AMIETS; en fin, en 50 años han sido muchos los cambios, muy importantes y significativos para muchas de nosotras; todos los cambios que se han producido en la Universidad de Sonora, obviamente han impactado directamente en nuestro departamento.



Archivo Trabajo Social, Unison

Trabajo Social Comunitario.

María Clarissa Arenas Hinojosa



Joel Verdugo

Licenciada en Trabajo Social. Maestra en Ciencias en Educación Familiar. Especialidad en prevención de adicciones. Doctora en Administración Educativa. Profesora de tiempo completo en el Departamento de Trabajo Social de la Universidad de Sonora.

De la profesión no sabía nada, llegué como la semilla arrojada por el viento para más tarde germinar y dar el fruto que ahora soy, trabajadora social. Provengo de una familia que se desplazó cuando cerró la mina de Pilares en Nacoziari. Mis padres tuvieron que buscar una fuente de ingresos para una familia numerosa. Crecí con una figura materna dócil, entregada a la crianza de sus hijos y atenta en la formación de valores: solidaridad y justicia.

Estudí en la Escuela de Trabajo Social cuando estaba ubicada en el edificio del CICTUS (hoy DICTUS), actualmente es ocupado por el módulo del ISSSTESON. Soy de la generación 1975-1978. Fui consejera universitaria. Participé en varios movimientos estudiantiles. Estuve secuestrada por unos seudojudiciales y libré varias batallas jurídicas, un amparo por amenaza de muerte, entre otros aspectos.

Fue un ambiente de camaradería en los primeros años; posterior a la caída de Biébrich, la situación se tornó difícil. Hubo mucha división, hostigamiento, represión. Solamente tenías dos opciones, eras del X o del Y. A nuestro grupo le asignaron un aula en el último piso del museo. Había que subir y bajar una escalera de caracol muy reducida. Hacía calor o hacía frío intenso; además, era obligatorio guardar silencio, eran los tiempos de la Biblioteca Central del Museo de la Universidad de Sonora. De alguna manera fuimos aisladas, pero a fin de cuentas eso nos unió más. Fuimos un grupo combativo, lanzábamos proclamas en contra de todo aquello que nos pareciera injusto: las bartolinas de los enfermos mentales, los calabozos en la cárcel, etcétera. Buscamos la organización del campesino, y también del campesino asalariado en la Costa de Hermosillo. Paulo

Fraire, Carlos Núñez, inspiraron la alfabetización en aquellas actividades estudiantiles.

En ese tiempo, Rosa Cecilia Esquer era la coordinadora del departamento. En lo que a mi experiencia corresponde, debo decir que tuvimos una planta de docentes muy preparados, todos con perfil disciplinar, coherente con la materia. Eran tiempos completos, es decir, pasábamos todo el día en la escuela y en los campos de prácticas. Por las tardes, entre otras actividades, desarrollábamos manualidades. Era un acierto, lo mismo que las materias de psicología, paidología, etcétera.

Egresé e inmediatamente estuve al frente de la Subdirección de Promoción del DIF Estatal; tenía a mi cargo varios programas, entre otros la Red Móvil Nacional, los comités del DIF estatal, etcétera. Posteriormente, me incorporo como maestra del Instituto Miravalle y del Colegio Central de Comercio. Algunos años, en la década de 1980, trabajé de forma independiente para un despacho jurídico como perito, atendiendo expedientes relacionados con los menores, para finalmente colocarme en el Departamento de Trabajo Social como docente a finales de la década de 1980 como maestra de asignatura.

En mi época de estudiante, en la década de 1970, fueron de una administración polémica y no solo al interior del departamento, sino en general en la universidad. Era difícil manifestarse en contra del Estado y de las políticas institucionales. Esta situación dejó una marcada huella para refrendar el compromiso del honor y la justicia, valores integrados desde la familia de orientación.

Los primeros pasos del trabajo social en Sonora fueron novedad para sus implicados y sus observadores. Las revueltas de la década de 1980, movimientos estudiantiles, académicos, de organizaciones, le dieron una visión en la que debía rendir cuentas en su propio acontecer histórico. Esto también dentro del proceso de reconceptualización, un poco con el rocío de frescas líneas de transformación y de justicia social. Luego viene el proceso de licenciatura y “sube de nivel”, aunque no se nota ni en el sueldo ni en las prestaciones, pero la población objetivo, poco a poco se ve beneficiada con mejoras en la conducción de procesos de gestión y administración.

Los cambios en los planes y programas de estudio que se han dado a lo largo de la historia del departamento, obedecen, primero, porque son requerimientos institucionales; los organismos acreditadores avanzan en sus criterios de calidad y excelencia académica. La influencia de políticas educativas permea los planes y programas de estudio; y sin lugar a dudas, las demandas de modelos de intervención que marcan necesariamente un nuevo perfil de egreso. Actualmente, estamos en un momento de transición, de maduración. Viene un nuevo proyecto curricular, con una planta equilibrada entre la experiencia acumulada y el joven docente que busca innovar.



Entrega de ropa a familias de escasos recursos del poblado Miguel Alemán.

Victoria María Núñez Navarro



Licenciada en Trabajo Social y Maestra en Innovación Educativa por la Universidad de Sonora. Diplomada en Mediación por la Universidad de Sonora/Instituto Nacional de Mediación. Doctoranda en Medio Ambiente y Desarrollo por la Universidad Autónoma de Baja California. Realizó estudios de psicología en la Universidad Humanitas, Tijuana, Baja California. Profesora de tiempo completo en el Departamento de Trabajo Social de la Universidad de Sonora.

Dijo Ortega y Gasset: el hombre es él y sus circunstancias... supongo que la esencia del trabajo social es algo que nació conmigo y se fortaleció con mi historia de vida; desde edad temprana me revelé contra lo que consideré injusto, arbitrario, cruel. Desde siempre me puse al lado del vulnerable. Ignoro, hasta la fecha, si la razón fue que me identificaba con esa vulnerabilidad o porque me sentía tan fuerte que pretendí siempre ir en defensa de quien lo necesitara.

En el momento de seleccionar una carrera universitaria, el trabajo social no se reveló como una opción, dado su carácter técnico. Esto no entraba en un proyecto de vida personal ni profesional. La carrera que significó la posibilidad de hacer coincidir gusto, interés y habilidades naturales, fue la Licenciatura en Letras en la antigua Escuela de Altos Estudios, en la Universidad de Sonora. Al paso de dos años, las circunstancias familiares cambiaron y fue necesario interrumpir los estudios para trabajar tiempo completo y con horarios cambiantes. Una vez pasado el tiempo, se ofertó la Licenciatura en Trabajo Social, la cual inicié en 1991, con la seria idea de que se trataba de una oportunidad valiosa de estudiar, no tanto el “que” me interesaba mucho el “cómo”, es decir, esperaba conocer las fórmulas mágicas para luchar en contra de la injusticia y las arbitrariedades.

Entré al Departamento de Trabajo Social de la Universidad de Sonora en 1991 y egresé en 1995. Encontré

un ambiente estudiantil propicio a compartir intereses, intenciones y sueños por construir un mundo mejor, aunque mi participación fue más bien escasa. En el primer semestre, todo el grupo solicitó a las maestras que nos llevaran al “basurón”, ubicado al final de la calle Reforma; estábamos enteradas de las precarias condiciones de los habitantes de la zona (pepenadores) y estábamos decididas a “arreglar las cosas”. Para eso habíamos entrado a estudiar trabajo social, para poner las cosas en orden en este mundo y que nadie sufriera más.

viviente del hambre. Esto nos despertó al enojo ante los factores asociados a su estancia y permanencia en ese lugar. Deseábamos comprender, nos urgía comprender...

Vernos rodeadas por hombres, mujeres, niños, adultos mayores, quienes de forma inquisidora, nos observan en espera de la explicación de nuestra presencia y, sobre todo, por la inexistencia de cualquier asomo de despensa o cobijas; nos obligaron a dilucidar “qué” es el trabajo social. Fue apenas un pequeño acercamiento a un espacio lleno de basura que, paradójicamente, desempolvó conciencias y reafirmó propósitos de intervenir en pos del mejoramiento de condiciones de vida... Eso quedó en mi mente.

Antes de entrar a la Licenciatura en Trabajo Social, ya me desarrollaba en el área de recursos humanos. Durante mis estudios, seguí en la misma área, retomando (a pesar de estar ausente, formalmente el tema) del plan de estudios lo que otras materias me ofrecían para aplicarlo. Desde siempre he considerado que, trabajo social debe incursionar en el área. Es un campo desperdiciado por trabajo social.

Me incorporé a la docencia en el departamento en 1996, después de concluir la carrera. Entré por ofrecimiento directo, después concursé por evaluación curricular y posteriormente por examen de oposición.

No podemos dudar de los cambios que han ocurrido en el departamento a través de los años, sin embargo, el trabajo social requiere transformaciones de fondo, sin olvidar la esencia de nuestra disciplina. Más que la historia del departamento, hago énfasis en la necesidad de un trabajo social dinámico, contemporáneo, cambiante, en constante evolución, en perpetua revisión, para lograr congruencia con el entorno a partir de lo global.

Con relación al cambio de nivel de técnico a licenciatura, solo fue un acto de justicia hacia la relevancia de las ciencias sociales en la vida de todo elemento biótico y abiótico en nuestro planeta. Sin embargo, no basta, se deben buscar las especializaciones, las maestrías, los doctorados.

Los cambios que el Departamento de Trabajo Social, a nivel de planes de estudio ha experimentado, han sido rebasados por una realidad de necesidades crecientes, conflictos de toda índole, violación de derechos humanos. Son innegables los esfuerzos y los aciertos, sin embargo, se demanda el análisis continuo para diseñar planes tanto con características innovadoras de respuesta, como de propuesta. Actualmente, el departamento se encuentra en transición. Se está trabajando en un nuevo plan de estudios. Por último, quisiera felicitar al Departamento de Trabajo Social y exigirnos luchar por ser, construir y dar a conocer un trabajo social contemporáneo, fuerte, innovador...



Archivo Trabajo Social, Unison

Graduantes de la Licenciatura en Trabajo Social. Generación 93-98.

Lógicamente nuestra petición fue rechazada y se nos informó que no era conveniente a esa altura de la carrera. Nos revelamos ante la “incomprensible decisión” y nos fuimos en “pesero” pero... el pesero no llegaba hasta el basurón y nos vimos obligadas a pedir “raite” a un pick up que llevaba escombros y basura. Los dompes o pick up que llevaban basura, antes de llegar a su destino, eran abordados por niños que se trepaban rápidamente para seleccionar lo que pudiese tener algún valor, pero todos los niños llevaban en su mano botellas o bolsas con resistol o cemento; con una mano seleccionaban los desperdicios y con la otra inhalaban. Al llegar a nuestro destino, contemplamos las dimensiones de aquellas montañas de basura, así como la cantidad de personas inmersas en esa basura. Ahí empezamos a medir dimensiones de la montaña en función de nuestras posibilidades y potenciales limitantes...

Ver a las personas que sacaban, de la basura, los recipientes vacíos de leche, plástico, latas, etcétera y, sin constatar si tenían residuos de leche, jugo, colillas de cigarro, animales, vidrio, se empinaban el recipiente para tomar cualquier clase de residuo. Provocaba una desesperación por intervenir, pero... no sabíamos cómo.

La cantidad de mujeres con bebés, que salían de cuartos contruidos por desperdicios, sin la posibilidad de mantener las mínimas medidas de higiene, eran la manifestación

María Engracia Carrazco Valenzuela



Licenciada en Trabajo Social y Maestra en Innovación Educativa por la Universidad de Sonora. Actualmente cursa el Doctorado en Docencia. Profesora en el posgrado en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). Profesora de tiempo completo en el Departamento de Trabajo Social de la Universidad de Sonora.

Una respuesta fundamentada desde la idea de la perspectiva como mujer, yo no la tengo. ¿Por qué escogí estudiar trabajo social? y ¿por qué digo esto?, porque tenía 15 años de edad. En ese tiempo nos llegó a la secundaria la información de que había una carrera que se llamaba trabajo social y no se necesitaba la preparatoria. Es bien interesante porque algunas compañeras de tercero de secundaria, nos motivó mucho cuando escuchamos trabajo social, pero lo escuchamos de alguien que llevó la información, que lo socializó y nos alborotamos en ese tiempo.

Pero creo que hubo dos razones fundamentales, una, porque no se necesitaba la prepa, teníamos, íbamos en su mayoría a cumplir 15 años; y la otra, porque de alguna manera tenía que ver el querer salir del lugar de origen. Yo vivía en Guaymas, querer salir del lugar de origen, creo que era mucho de esa búsqueda de libertad y de poder salir de lo que era la familia y la ciudad. Creo que eso fue para mí en lo personal el motivo, sin tener necesariamente, te repito, una idea clara de qué era el trabajo social. ¿Qué expectativas como mujer podía tener al estudiar esa carrera? ¿Cuál era el plan de estudios? Era un desconocimiento total. Ingreso a trabajo social en 1971. Yo tenía justo 15 años de edad. En ese tiempo, la Universidad de Sonora era la única institución educativa que ofrecía la carrera de trabajo social en el estado.

Recuerdo, lo tengo muy presente, que en 1971 cuando yo ingresé, fue uno de los años que hubo una demanda muy significativa de ingreso. Ingresamos aproximadamente 320 alumnas y abrieron muchos grupos, pero fue una generación muy interesante porque éramos mujeres fundamentalmente, recuerdo solo dos hombres. Mujeres que traíamos en su mayoría solo la secundaria. Escasamente, encontrabas alguna alumna de mayor edad que ya traía la preparatoria.

Éramos una generación con características muy diversas, porque había, desde las jóvenes ricas de Hermosillo que no eran tan jovencitas, eran mujeres con una edad más avanzada, te puedo hablar de apellidos como González Rogel, Aguirre, Camou, Carranza, Furcade, y que eran en su mayoría, te repito, estudiantes que traían la preparatoria. Pero luego estábamos como la prole, las chavas, que con muchos trabajos veníamos a Hermosillo, a la capital del estado, a la universidad, con esa expectativa de querer salir y conocer como otro mundo.

Entonces había grandes diferencias de orden socioeconómico, así nos etiquetábamos, las ricas y las pobres; lógicamente las ricas no establecían una relación directa o una comunicación con las pobres, y las pobres, pues éramos mayoría. Hubo una comunión de elementos que nos identificaron, las que venían de Huatabampo, las que venían de la frontera, las que venían de las sierra de escuelas secundarias con un carácter tecnológico y nos fuimos agrupando... Fue muy interesante porque hubo un grupo en ese tiempo, en esa generación de 1971-1974, que nos identificamos como clase media ¿sí?

Nos fuimos agrupando, cohesionando y formamos un grupo importante, porque empezó a generarse el interés por la participación y empezamos a participar, ¿a qué nivel? Íbamos a las tocadas, íbamos a los recitales. Yo me acuerdo que nos juntábamos, en aquel tiempo, en las escalinatas del museo. Empezamos a juntarnos con cierto tipo de estudiantes de otras carreras ¿sí?, en donde empezamos a leer lo que ellos leían entonces, y formamos un pequeño grupo de estudio, me acuerdo de “Marx para principiante...”.

Yo creo que había muchas limitaciones en tanto que veníamos de la secundaria, pero había ahí un elemento importante, no traíamos el antecedente de la lectura de corrientes filosóficas, pero había un ingrediente, la necesidad de aprender, de descubrir cosas nuevas. Yo recuerdo a Teresita Álvarez, a Nidia López, a Tere Ochoa, a Rosario Sánchez que eran mis amigas, con las que yo me identificaba. Luego se sumaron otras más grandes, Lupita Ramonet, Lupina Villaescusa, que también tenían cierto nivel de participación en el ambiente estudiantil...

Pero la participación en sus inicios fue esa; ir a aquellos espacios donde había bola, donde sabíamos que iba a haber un grupo musical o un cantante, donde iba a estar el “Llanero Solitario”, José de Molina. Tengo perfectamente bien ubicado ese tiempo, pero luego, el fin de semana nos reuníamos en la casa de alguna, a tomar cerveza; comprábamos hasta medio barril entre toda la bola y tomábamos cerveza. No era pensar en alcoholizarte, era más bien pensar en platicar, por ejemplo, ¿cómo concebir a la mujer en esos tiempos?

Salieron líderes estudiantiles de ese grupo, líderes en el sentido de empezar a participar en actividades convocadas por la FEUS (Federación de Estudiantes de la Universidad de Sonora). En aquel tiempo “Fuera Castellanos de la Unison” que nos tocó a nosotras, empezar a ir a los mítines, era como dar un salto muy significativo, porque éramos mujeres, porque veníamos de fuera, porque traíamos todavía muchas limitaciones, porque estábamos muy jóvenes... Pero había la necesidad de empezar a aprender cosas nuevas.

La Escuela de Trabajo Social se crea en 1965. Yo soy de la séptima generación. Habían ingresado chavas de la ciudad de Hermosillo, de Magdalena, de Nogales, de Obregón, de San Luis Río Colorado. Además, el estado de Sonora estaba viviendo, en ese tiempo, un proceso de desarrollo regional muy importante a nivel de los ejidos. Estaba en auge la propuesta de los ejidos colectivos y todo lo que tiene que ver con la región minera de Cananea.

Había una institución, que ya desapareció, el Banco de Crédito Rural del Noroeste, que empezó a contratar a profesionistas de trabajo social para ubicarlas en esos ejidos. Es muy interesante cómo simultáneamente a la creación de la carrera, había condiciones en el entorno regional para poder contratar a este tipo de profesionistas. Por eso dicen que Abel Hernández no se equivocó al crear la Escuela de Trabajo Social, porque él es el creador y el primer director de trabajo social. Dice la historia que la mayoría de las egresadas se colocaron muy pronto; muchas ya se jubilaron, otras ya murieron y algunas más, todavía siguen funcionando.

En esos primeros años, el tipo de asignaturas que llevábamos, sí tenían mucha carga social; había desde Criminología, Derecho, etcétera. Pero había otras materias, por ejemplo, Ludoterapia que era una materia en donde el tratamiento era a través de juegos; había Carpintería, Dietética. A mí me tocó todavía ese enfoque paramédica, parajurídico, pero también muy asistencial y lo asistencial no creo que esté mal, porque había una filosofía de ayuda al pobre, de ayuda al prójimo. Estaba basada en postulados de la beneficencia y la filantropía que tenían que ver mucho con el amor a Dios, pero también con el amor al ser humano.

Estos dos principios hacían que los planes de estudios, según mi opinión, estuvieran cobijados, muy cimentados, en un tipo de filosofía humanista que muchas de las egresadas, dentro de sus niveles de sensibilidad, se apropiaron de ellos. Creo que hoy en día ya ha desaparecido, porque sería muy interesante desarrollar prácticas en la zona de tolerancia ¿sí?, con las mujeres que trabajan en estos lugares, los table dance, ¿por qué no?, si son mujeres con muchas necesidades.

En aquel tiempo hacíamos prácticas en lo que era la Penitenciaría del Estado de Sonora; también en lo que fue, que ya desapareció y se le denominaba “manicomio”. Y todo esto creo, fue muy importante para nuestra formación. Recuerdo la que creo, que fue una de las mejores profesoras que ha tenido la escuela, Clarivel López. Ella venía, si mal no recuerdo de Oaxaca. Yo me acuerdo de ella y de su figura. Me acuerdo mucho de un gran maestro, Domingo Gutiérrez, que todavía está acá como catedrático y que no sé por qué es excluido en muchos de los espacios de la escuela de derecho; Alfredo Cota de la Torre, un psicólogo que recientemente falleció; me acuerdo mucho del exprocurador, Rubén Díaz Vega; también del Maestro Gastón Cano ¿sí? Creo que al menos, la generación 1971-1974 fuimos una generación muy privilegiada.

Egresé en 1974 y me fui seis meses a Empalme como meritoria. El ingeniero Riesgo, no recuerdo su nombre ahorita, me dio oportunidad de que practicara en los ejidos del valle de Empalme, que era donde estaba una

sucursal del banco rural. Me fui otro tiempo a la sierra de Moctezuma, porque había ahí un grupo de trabajadoras sociales que también dependían del banco de crédito. Pero en 1975, la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos desarrollaba un programa de apoyo al campo con muchos recursos financieros y una de las políticas del programa era la contratación de trabajadoras sociales para un programa anexo llamado “Mejoramiento del Hogar Rural”, que tenía que ver con la creación de huertos hortícolas.

Todo aquello, según la secretaria, podía apoyar la economía familiar de las comunidades rurales del río Sonora, las de la frontera fundamentalmente, Agua Prieta, Naco, Cananea, Tubutama, Sáric, Altar, Pitiquito. Hubo ¿sí?, aquí en Hermosillo una contratación masiva de trabajadoras sociales. Muchas de la generación fuimos contratadas en ese programa y ahí me quedé, yo fui una de ellas... Ingresé al programa; una de las condiciones para la contratación era que te fueras a vivir a la comunidad; si no te ibas a la comunidad, no podías ser contratada. En mi caso me fui al ejido Cuauhtémoc, ahí fue donde me inicié profesionalmente, donde ya recibía un salario. Tengo muy bien registrada la fecha, el primero de marzo de 1975. Duré ocho años, salí en agosto de 1983.

Cuando salgo de la secretaria, me ofrece una A.C. (Asociación Civil), un trabajo donde estuve poco tiempo. Fui directora de una casa de alcohólicos, la A.C. Lo que hacía era dar albergue a personas con problemas de alcohol y personas que tenían problemas de salud mental. Además, era un albergue donde se protegían a sujetos que iban de paso y se quedaban aquí y les dábamos alojamiento temporal. Estuve de directora, pero en ese tiempo viene un proceso en la Escuela de Trabajo Social.

Se da un proceso, no sé qué tan político pudo ser, pero se genera la destitución de Rosa Cecilia Esquer, promovida por un grupo de egresadas de trabajo social. Este grupo estaba liderado y cobijado por la Asociación de Trabajadoras Sociales del Estado de Sonora. Éramos un grupo numeroso y desde el espacio de la asociación se empezó a reflexionar en torno a los tiempos, que la directora que seguía como líder, definiendo los destinos de la formación de los trabajadores sociales... y ahí fue donde se ideó dar como el golpe, el golpe político para la destitución, entonces se definió.

Fue en 1983, si mal no recuerdo, fue en el mes de febrero y un día llegamos ¿sí?, comandadas por Amelia Iruetagoiena y llegamos todo un grupo y tomamos las oficinas... Claro, había intereses de orden político, personales, pero yo creo que, sin querer pecar de ingenua, creo que sí había el interés más fuerte por la formación de las estudiantes. Yo creo que pensábamos que era necesario que hubiera un cambio para que la formación de los profesionales pudiera dar un salto.

Fue en 1983, a esa fecha, todavía se mantenía el nivel técnico de formación. Pues lo que yo recuerdo es como todo, Rosa Cecilia Esquer con tantos años ¿sí?, desde finales de los sesenta hasta casi mediados de los ochenta. Había conformado un grupo fuerte de maestras y maestros que la apoyaban y que tenían el respaldo de Rectoría. Ella era una persona que se había identificado con los postulados del

rector Castellanos Idiáquez. Tan es así que permaneció mucho tiempo, muchos años. Ella formaba parte del equipo de Castellanos y le sirvió para que pudiera permanecer por tantos años como rector.

Llega Amelia Iruretagoyena a la Coordinación Ejecutiva y muchos de los maestros que formaban parte del equipo de Rosa Cecilia Esquer, se retiraron. Supongo que bajo los beneficios que otorga la misma Ley Federal del Trabajo fueron finiquitados. Puedo estar equivocada, pero del equipo de Rosa Cecilia Esquer, solamente quedaron tres profesores, dos profesoras y un profesor, Graciela Ibarra López, Rosa María Islas Durón y el abogado Raúl Verónica Rosales. Fueron los únicos que se quedaron, yo no sé bajo qué negociaciones.

Todos los demás profesores que formaban parte, se retiraron. ¿Y qué pasa ante la llegada de Amelia? Ella, a partir de 1983, empieza a llamar a profesionales del trabajo social, algunos que estaban ya colocados. Los llama para invitarlos a colaborar. En ese tiempo, todavía no salía el Estatuto de Personal Académico; entonces mucha de la gente que entramos, porque ahí me encuentro yo, entramos por contratación directa. Vino un proceso de regularización, donde nos regularizaron a la vuelta del tiempo, con las plazas de tiempo completo. Fueron muchas cosas, hay mucho que contar en toda esa historia ¿no? Entonces la escuela entra en otra etapa en 1983.

Una característica que yo siempre he dicho fue que Amelia Iruretagoyena es una mujer muy trabajadora ¿sí? Una mujer que le entra al trabajo y que en ese tiempo, creo que uno de los principios que ella siempre manejó fue que la escuela tenía que dar un salto, un cambio significativo en todos los renglones, desde la estructura orgánica, académica y administrativa. Era prácticamente pura gente nueva, gente sana, gente no viciada; pero en su mayoría traíamos mucha experiencia, mucha, de nuestro ejercicio profesional. Entonces te puedo hablar de nombres, la primera que entró, la primera contratada por Amelia fue María de los Ángeles Ruiz Hernández. En agosto de 1983 entramos gente como Manuela Guillén, entré yo, entró Maren Von Der Boch, María del Carmen Marmolejo, Delfina Urrea...

Y bueno, había esta perspectiva de cambiar el estado de las cosas, que la cuestión académica diera un salto y pasaron de 1983 a 1989. Pasaron seis años en donde se tuvieron que implementar simultáneamente, que este fue otro reto para la coordinadora ejecutiva, porque se empezaron a conformar grupos al interior, grupos de discusión. Entre los nuevos profesores se empezaron a formar, porque no existían, las academias como tal. Pero Amelia empezó a impulsar grupos de discusión, de reflexión y de análisis en esta idea de empezar a visualizar la posibilidad de que la universidad pudiera ofrecer el nivel de licenciatura.



Alumnas de Trabajo Social visitan a la comunidad del lugar conocido como "El Basurón", en Hermosillo, Sonora. 1997.

Archivo Trabajo Social, Unison

En 1989 surge la Licenciatura en Trabajo Social, pero en esos seis años, muchos de los profesores que habíamos sido técnicos, no teníamos la preparatoria y teníamos mucha experiencia. La mayoría, te puedo hablar casi del 90 al 95% no teníamos la preparatoria. Entonces la universidad, pues no podía ofrecer el nivel licenciatura sin que sus profesores tuvieran el grado de licenciatura. La mayoría teníamos el nivel técnico, ¿qué se hizo? En seis años se regularizó el status del bachillerato y además se regularizó el status de técnico a licenciado. Se formaron grupos, primero salió un grupo.

Este fue todo un proceso muy complejo, porque no fue tan fácil, emplazar a los profesores para que terminaran sus estudios, los grados que se requerían y simultáneamente seguir impartiendo clases en el nivel técnico. Entonces salimos dos grupos, primero terminó uno y después el otro el bachillerato. La universidad hizo un convenio con una preparatoria particular. Después que ya estábamos nivelados con el bachillerato, hubo un siguiente momento que fue la nivelación de técnicos a licenciados de la planta de profesores, y se hizo un convenio con la UNAM. En seis años fueron altas y bajas porque fue mucha, mucha actividad. Y fue un proceso, creo yo, donde las y los profesores nos comprometimos al cien por ciento porque sabíamos cuál era la perspectiva que se tenía...

Bueno, pero volviendo a estos tiempos actuales que vive el departamento, no sé si este proceso que se está dando, esté siendo significativo para la planta docente. Si la planta docente realmente tiene preocupación, claridad de lo que esto está significando, pero además de lo que va a significar en el proceso de formación de las alumnas y alumnos. No sé, me restaría decir que la experiencia en la revisión de otros planes de estudio, de otras universidades de otros

estados, dentro de México, y de otras universidades en otros países de América Latina, es algo preocupante; y lo hemos comentado dos, tres profesoras.

Esos planes de estudio están permeados, además de los espacios que tienen que ver con cuestiones de orden teórico, conceptual, ético, filosófico. Por el asunto de lo ideológico, también desde la perspectiva ideológica, el trabajo social, para algunos como disciplina, para otros como praxis, para otros como arte, para otros como ciencia, está, cómo cada escuela va a darle el tratamiento a su plan de estudios. Entonces la cuestión ideológica que es muy importante, porque es la que va a definir qué teorías, qué metodologías del trabajo social vas a incorporar a tus planes de estudio.

Y eso, creo que en estos procesos no se está discutiendo y bueno, a lo mejor ya no nos tocará, pero ¿qué pasa?, pues hay profesores que dentro de su perspectiva, a nivel de su materia y de su espacio educativo, lo trabajan. Pero ¿qué pasa?, está distanciado, está disgregado de lo que es el plan de estudios como tal. El plan no está permeado por un enfoque basado

desde la perspectiva ideológica en teorías del trabajo social o de metodologías que hoy en día están surgiendo con nuevos enfoques, con esta gente nueva que ya está escribiendo, que ya está dando aportaciones importantes de orden teórico-metodológico, en donde, por ejemplo, lo político es un elemento de peso en los planes de estudio.

En este plan de estudios podemos encontrar que es un plan apolítico; apolítico cien por ciento, porque no hay un espacio donde se ve la política. Entonces yo diría que, cerraría con esto, pienso que los procesos tienden a ser magnificados y creo que hay procesos que nos permiten avanzar con el tiempo. Pero también hay procesos que se pueden detener en el tiempo y creo que este departamento, al menos es mi opinión, y el tiempo que he estado acá, que ya van a ser 32 años, algunos procesos en la vida del desarrollo departamental permitieron ir dando como saltos graduales. Pero hubo otros momentos que detuvieron esos procesos ¿sí?, los detuvieron y que el tiempo, yo creo, nos lo ha cobrado muy caro, con eso terminaría.

Manuela Guillén Lúgigo



Joel Verdugo

Trabajadora Social y licenciada en Sociología por la Universidad de Sonora. Doctora en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Nacional de Educación a Distancia (España). Profesora de tiempo completo en el Departamento de Trabajo Social y en el Posgrado Integral en Ciencias Sociales de la Universidad de Sonora.

Yo no escogí a trabajo social, creo que trabajo social me escogió a mí, pero me escogió no porque yo tuviera grandes atributos para el quehacer de ayuda o de asistencia a los desfavorecidos; yo provengo de una familia de clase media, de clase media acomodada digamos. Nunca fue mi preocupación ayudar a los demás, nunca ese asunto estuvo entre mis motivaciones de desarrollo personal. Yo tenía la intención, siempre tuve la intención de hacer una carrera universitaria. Cuando terminé la secundaria mi padre me dijo que estudiara comercio, que porque no tenía sentido que estudiara la preparatoria porque de todas formas me iba a casar.

Se equivocó por supuesto ¿no? Cumplí con la demanda paterna, hice comercio y cuando terminé le entregué el título de secretaria bilingüe recuerdo. Le digo: “ahora sí, yo me voy a la universidad, me voy a la preparatoria, voy a hacer lo que a mí me interesa”. Me interesaba mucho explicarme cosas de mi vida cotidiana, explicarme, ahora digo fenómenos en ese tiempo, lo que ocurría en mi entorno y creía que la vía del estudio universitario era una vía importante para encontrar explicaciones. Entonces el haber hecho comercio a mí me trunca, digamos, los tiempos en que se hubiera esperado que yo cubriera la preparatoria para llegar a la universidad.

Resulta que al terminar comercio, entonces por ahí una compañera conocida mía, se llama Guadalupe Ramonet, que estudió también trabajo social, me dijo: “Fíjate que hay una carrera para la que no se necesita la preparatoria. Ya averigüé en la Universidad de Sonora”. Entonces a mí el asunto de ir a la universidad era lo que más me atraía y se me facilitaba porque pronto me doy cuenta que no se requiere preparatoria para entrar a trabajo social. Eso me daba la oportunidad de inmediatamente entrar a la universidad y así lo hago.

Entonces, ni siquiera me preocupé del plan de estudios, bueno, sí revisé algo y como a mí me interesaba mucho el asunto de la explicación científica de las cosas y veo Ludoterapia, una materia, y dije: “Oh, wow, esto debe ser científico, debe llevarme a la ciencia, Introducción al Estudio del Derecho, qué interesante”. Había por ahí otra que era Primeros Auxilios, no me llamaba mucho la atención que me fueran a enseñar primeros auxilios en una carrera universitaria, pero bueno.

Digo que trabajo social me eligió a mí porque yo llego por azahares del destino a esta carrera. A mí no me interesaba la ayuda a los demás en ese momento, pero sí tenía, entre mis grupos de amigas, tenía amigas que pertenecían a clubs

sociales, pero eran clubs que más que promover ayuda a los demás eran clubs para divertirse, para tener tu socialización secundaria, tener amigos, ir a bailes y demás. Algunas de esas chicas sí hacían tareas de filantropía y de ayuda.

Entro en 1971 a estudiar trabajo social, una década muy convulsa, digamos, de muchos despertares de los jóvenes y a nivel mundial también. Pero acá en nuestro entorno, después del 68, sigue como el 73 que marca otro proceso de quiebre importante y de recuperar muchas de las preocupaciones del 68. El 73, me toca esa etapa de mucho movimiento estudiantil en la Universidad de Sonora y a mí me asusta y me aterra. Entonces yo recuerdo que empecé a tener contacto, no solo con mis compañeros y compañeras de trabajo social, sino de otras carreras.

Empecé a tener contacto con los activistas que iban a nuestras aulas a convocar a ser críticos, a convocarnos a participar y por otro lado, en mi entorno familiar, me decían: “ten mucho cuidado, si te veo en las escalinatas del museo, te saco de la universidad”. Padres clase medieros preocupados ¿no?, porque yo me involucrara en ese tipo de acciones, digamos de protesta, de análisis, que es lo que a mí me gustaba. A mí me llamaba mucho la atención y por eso acepté ir a unos cursos de marxismo a los que me invitó Armando Moreno y un grupo de estudiantes de ese tiempo.

Entonces era una experiencia que a mí me gustó mucho porque yo iba, era como cubrir dos aprendizajes, la explicación crítica del acontecer, y por otro lado, la vivencia de estar en una vorágine contradictoria entre la vida familiar muy conservadora y el mundo exterior que se presentaba ante mis ojos. Yo estudié, en una escuela de monjas, la primaria... Mis compañeras de trabajo social, Mary Carrasco, por ejemplo, me señalaba que yo era una burguesa, niña de club social y que aparecía en sociales del periódico. Entonces yo de pronto me encuentro y no solo ella, otras compañeras también y compañeros.

Era como estar a contracorriente en dos mundos opuestos, digamos, el mundo este universitario y el mundo no solo familiar, sino de ese mundo del que yo venía y del que me iba alejando cada vez más. Dejar de ir al club social, incluso me fui como transformando mi indumentaria. Vestirme de diferente manera, ir a las catacumbas a oír a Marx. Le llamo las catacumbas porque era en un horario. Era como muy secreto. Era altos estudios en un horario en que no había clases, casi siempre por la tarde entre cinco y siete a leer *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, o a leer *El Capital de Carlos Marx*, o a leer a Federico Engels, o a Rosa de Luxemburgo, o a Martha Harnecker.

A todos esos estudiosos yo los conozco, me gusta mucho, pero siempre estuve entre la identidad con eso y el temor de la presión familiar. Eso poco a poco fue cediendo, incluso en trabajo social ocurrió un evento, recuerdo Rosa Cecilia Esquer era la coordinadora de la Escuela de Trabajo Social, estaba donde, luego estaba también agricultura y luego fue el DICTUS y ahora la verdad, está el consultorio del ISSSTESON, ahí en ese edificio.

Recuerdo que nos embarcamos en un evento muy sinuoso, difícil, que yo me involucré. Me encantó la experiencia, que

fue la extracción de un conjunto de libros que llegaron a la carrera de trabajo social, entre los cuales venían libros de estos muy críticos, Martha Harnecker, por ejemplo. Y Rosa Cecilia Esquer los tenía custodiados en su oficina y corrió por ahí el rumor, no sé qué tan cierto era o si era solo un rumor, que los tenía secuestrados porque no quería que las trabajadoras sociales nos asomáramos a esa literatura. Entonces nos acercamos a sacarlos de la coordinación.

Rompimos la ventana de la coordinación, hicimos una valla desde la explanada de ese edificio hacia la parte trasera por donde estaba la ventanilla de su oficina. Entonces iban pasando los libros por todas, de mano en mano. Yo me coloqué intencionalmente muy cerca del final de la cola, porque tenía mucho miedo de la evidencia, el que se me reconociera activamente participando en eso y me sacaran de la universidad como me lo habían anunciado mis padres. Entonces yo estaba casi en la cola pero disfrutando el sacar los libros. Los colocamos en la explanada todos esos libros y a raíz de esa, debe haber sido en 1972, no recuerdo con exactitud, pero a raíz de ese evento y de otros, y de la convulsión que habría en la propia universidad, empiezan las expulsiones de estudiantes, de estudiantes del movimiento en lo general, pero que salpicaron a algunos estudiantes de trabajo social.

Lupita Ramonet, mi amiga, también clase mediera, que me invitó a cursar la carrera, la expulsan y ese fue uno de los motivos. El argumento fue el atentar contra el patrimonio universitario, pero aprovecharon. Se aprovechó ese hecho para deshacerse de estas chicas que tenían el peligro de hacerse críticas, críticas y criticonas. Entonces yo me sentí siempre muy mal, porque algunas de mis compañeras de esa fila son expulsadas. Yo me salvé porque hubo un maestro de aquel tiempo, que era profesor nuestro, que estaba en el medio de los magistrados; un abogado de reconocido prestigio conocía a mi padre y le dijo mi padre que lo alertó que me cuidara porque estaba en peligro de ser expulsada por haber participado en esa, en ese evento de la sustracción de los libros.

Recuerdo que me llamó a su oficina y me dijo: “tú eres española, eres extranjera, hay un artículo en la constitución, el artículo 33 que prohíbe a los extranjeros participar en política, Tú lo tienes prohibido, pero tú no eres el problema, este hecho puede ser que a tu padre y a tu madre los deporten a España por estar participando en este tipo de acciones. Entonces yo te recomiendo que no te signifiquen...”. Entré en pánico por supuesto... Creo que eso me marcó mucho.

Termino en 1973, era un plan de tres años porque era nivel técnico y siempre la contradicción y que bueno, creo que la contradicción mueve cosas. Siempre la contradicción ha estado en el ámbito en el que me muevo, porque salgo de trabajo social y me pongo a hacer el servicio social en el PRI. Rubén Díaz Vega, que fue mi maestro, era presidente del PRI en ese tiempo y como sabía que hacíamos práctica comunitaria y prácticas en colonias, nos invita a hacer el servicio social con ellos ahí en el PRI, porque había un programa, tenían un programa de desarrollo comunitario en las colonias.

Yo me fui a sus programas porque lo vi como un área de oportunidad para hacer cosas por esos grupos desfavorecidos en condiciones de exclusión o de pobreza, marginación, etcétera. No importa que fuera desde ahí y me acordé mucho de Gramsci. Iba con la idea de, desde dentro, poder promover un cambio sin esperar la maravillosa primavera del socialismo que no llegaba y que pasaba el tiempo y no llegaba. Fue una experiencia muy interesante, muy buena, sí formativa. El servicio social concluye en 1974. Tuve la oportunidad de ir a trabajar. Se empezaba a formar aquí el Centro de Integración Juvenil y alguien me comentó que estaban reclutando gente.

Me acerco y me contrata el Centro de Integración Juvenil. Ah bueno, algo muy importante que lo tengo que comentar aquí, es que egreso con la sensación de que algo me falta, egreso con la sensación de que lo que aprendí no me permite ver las profundidades que intuyo, que tienen esa realidad amorfa a la que me acerqué en las prácticas cuando era estudiante. Me acerqué con el servicio, cuando hice el servicio en el PRI. Yo decía algo, esto no me huele muy bien, es decir, algo hay detrás de toda esta complejidad que yo no la puedo visualizar con las herramientas que obtuve en mi formación como Técnica en Trabajo Social...

Entonces siempre me quedé con la sensación de que algo me faltaba, pero todavía peor, cuando yo me pongo ya a ejercer profesionalmente, me doy cuenta que lo que yo hago, lo puede hacer cualquiera con un cierto entrenamiento. A lo mejor con un entrenamiento de un año hubiera hecho lo mismo que yo hacía. Cuando llego a las instituciones, las instituciones intentan mostrarme que el trabajo social es eso que hay ahí y no lo que yo pretendo, desde mis intenciones analíticas y constructivas para transformar, ¿no?

Entonces, llego al Centro de Integración Juvenil, pero antes de eso, en mis prácticas, siendo estudiantes, eran siempre posiciones de subordinación, ayudante del médico, si era en el seguro social, subordinado al poder médico. Si era en una institución de filantropía, subordinado a la visión de la señora que, desde su visión de filántropa, decidía qué es lo que yo tenía que hacer, ¿no? Entonces eso a mí no me gustaba, no me gustaba mucho y yo terminé ahí con esa sensación de que algo me falta en mi formación por hacer algo diferente y por reposicionar al trabajo social.

Entonces en los espacios profesionales donde estuve, fue una lucha muy fuerte que di y lo más que logré fue tener buenas posiciones profesionales, porque a veces me sentía como una dama voluntaria muy ilustrada. Cuando conocí a Susana García Salord, aquí en esta escuela, ella vino a apoyar el tránsito del nivel técnico a licenciatura con el primer cambio del plan de estudios, pero ella con un nivel distinto. Yo recuerdo que pude acceder a un texto de ella que es trabajadora social, pero también socióloga y visto el trabajo social desde la sociología y encontré un término que ella utilizaba para indicar un estadio del trabajo social que era el “sentido común ilustrado”.

Entonces ella haciendo una crítica constructiva decía que el trabajo social trabajaba con una visión asentada en un sentido común ilustrado, no en un conocimiento científico y

apelaba a la importancia de construir, desde la profesión, un saber especializado igual que lo hacen las demás disciplinas, identificando en este caso, no solo un objeto de estudio, sino también un objeto de intervención. Construir conceptos a partir de la construcción de objetos de intervención. Bueno, toda una perspectiva montada en las ruedas de la ciencia, digamos...

Y es cuando empiezo a tener la inquietud de asomarme a otros ámbitos de formación que me permitieran tener más herramientas para la comprensión de ese contexto tan complicado, en donde mi ejercicio profesional no tenía posibilidades de ver resultados. Yo decía: “la enfermera aplica una inyección y tiene posibilidades de ver el efecto de su acción, el ingeniero hace un serie de trabajos de técnicos y puede ver el resultado, y yo no puedo ver el resultado de mi acción profesional”. Claro, no es comparable ni con la enfermería ni con la ingeniería, pero en lo que sí es comparable es que tanto en la enfermería como la ingeniería, interviene el trabajo social.

Se supone realiza una intervención en problemáticas sociales que creo yo, hasta ahora no ha estado en posibilidades de ver el resultado. Entonces eso me lleva ahora sí, a mí me eligió el trabajo social, pero yo elegí a la sociología. Después de irme un año a España a distanciarme del trabajo social y repensar mi sensación, digamos de incompletud, a mi regreso de la “siesta española”, decidí entrar a sociología en la Universidad de Sonora. Yo elegí a la sociología, no me arrepiento, creo que fue una elección muy buena.

En 1983 inicio la Licenciatura en Sociología, pero también en 1983, en la Universidad de Sonora, había un conflicto importante que tiene que ver con el castellanato y que tiene que ver con este fenómeno de los “micos”. Entré en un proceso de renovación la propia institución y como parte de ese proceso de renovación, está la experiencia en trabajo social que implicó la transición entre una visión del trabajo social, encabezada por Rosa Cecilia Esquer y Rosina García, que eran las que encabezan la escuela en ese tiempo, y la llegada de Amelia y de Hilda, que siempre fueron oposición con Rosina y con la visión de Rosina y de Rosa Cecilia Esquer, que era más tradicional, creo yo.

Mientras que Hilda y Amelia eran más, buscando la innovación, el cambio, esa es la percepción que yo tenía en ese tiempo, ¿no? En ese proceso de transición que tiene, que creo que no solo tiene el trabajo social, porque a mí me tocó en sociología meterme debajo de los mesabancos, porque volaban piedras cuando llegaban los “micos”. Entonces se vacía el Departamento de Trabajo Social, de prácticamente toda su planta docente y a lo mejor es incorrecto que yo diga se vacía, lo vacían, lo vacía una nueva perspectiva, no solo del trabajo social, sino mucho más general. Eso estaba ocurriendo en toda la universidad...

Entra otra gente aquí en trabajo social y fui invitada a dar clases cuando ocurre ese proceso de renovación, digamos. Yo ya había entrado a sociología y al mismo tiempo me contratan como trabajadora social en la delegación estatal del ISSSTE, cuando estaba al frente Mariano Carreño Carlon. Por cierto, fue una experiencia muy buena, muy rica

para mí que coincidía con mi ingreso a sociología. Entonces entro al departamento como profesora de horas. Yo no me interesaba ser... sentía que me faltaba mucho como para poder ponerme en un aula de tiempo completo.

Entonces acepté como colaboración porque yo formaba parte de la Asociación de Trabajadores Sociales que fue mucho respaldo para Amelia cuando ella llega aquí a la dirección de trabajo social. Daba Teoría y Práctica de Comunidad. Una experiencia muy interesante porque hicimos equipo Mary Carrasco, Maly Ruiz, Gloria Beltrán, Rosela González, ¿quién más? Pero todas éramos muy críticas, preocupadas. Coincidíamos en esta preocupación por los efectos del quehacer del trabajo social, pero también coincidíamos en la preocupación de la importancia de devolverle a la sociedad, desde la universidad, la posibilidad del cambio, ¿no?, a los grupos más vulnerables, sobre todo.

Tiempo después tuve la fortuna de ser invitada a participar en la elaboración de un nuevo plan de estudios, del plan de 1989 que implicaría el tránsito del nivel técnico al nivel de licenciatura. Tuve la fortuna de, en esa actividad, en la comisión en la que me tocó participar, estar junto a Susana García Salord, invitada del Instituto de Ciencias de la UNAM. Ella estaba en ese tiempo ahí. Ella era trabajadora social, pero también socióloga dedicada a la investigación.

Bueno, no voy a dar detalles de este plan, pero este plan 89 implicó una propuesta curricular que rompiera con la visión técnica muy centrada en el hiperempirismo, digamos, y crear un plan de estudios que además de ofrecer, digamos, mucho de los contenidos de las ciencias sociales a nivel teórico y metodológico, el propio plan permitiera la investigación de la práctica profesional, desde una perspectiva crítica, con miras a identificar elementos que hicieran posible la creación de la teoría de la intervención. Eso, así estaba armado o al menos es la visión que yo tengo de este plan.

El plan 89 estaba atravesado por estas concepciones, pero sobre todo por una práctica escolar de los estudiantes en procesos mediadores. La práctica consistía en identificar ahí, en el Hospital General, por ejemplo, cuál es el proceso mediador que se trabaja, en qué consiste ese proceso mediador, cómo se operativiza, cómo articula la necesidad con el recurso, que era la función mediadora del profesional, de qué manera ocurre esto en salud, educación, en vivienda, en trabajo, que eran las cuatro áreas en las que estaba sustentando los cuatro puntales, ¿no?, de ese plan de estudios.



Participantes del XLIX Congreso Nacional de la AMIETS (Asociación Mexicana de Instituciones Educativas de Trabajo Social). Uruapan, Michoacán, mayo del 2001.

Archivo Trabajo Social, Unison

Yo creo que ahorita, viéndolo hacia atrás, si esa experiencia la hubiéramos llevado a término, creo que ahorita tendríamos, si no la teoría de la intervención construida, sí algunos lineamientos muy importantes conceptuales y metodológicos para acercarnos a ella. ¿Qué pasó? Yo creo que pasan dos cosas, por un lado la identidad histórica del trabajo social que se construyó aquí en esta escuela, muy asentada en la visión asistencialista, que funcionó muy bien en el nivel técnico. Siempre estuvo compitiendo con esta otra perspectiva que se le consideraba, no estoy segura que así fuera, pero es la percepción que yo tengo.

Se consideraba como que había más sociología con este plan 89, que trabajo social. Para qué reflexionar tanto los procesos mediadores si hay una realidad que te está demandando que hagas acciones, ¿no? Como que esas dos visiones entraban muy en competitividad y la preocupación por dar resultados expeditos a cuestiones, digamos, en la práctica inmediata, llevó a esta escuela, no me voy a quedar fuera, creo que nos llevó a desestimar esta posibilidad que para mí era un potencial de desarrollo muy importante y volver y tener un plan 89 que luego en la práctica real, terminó funcionando como los planes del nivel técnico anterior, con materias que se llamaban de otra manera, pero que se hacía lo mismo. Y seguir con una visión individualizada, en un mundo individualizado, ¿no?, que no hace posible tener un acercamiento a la realidad, digamos de un amplio espectro.

La visión caleidoscópica que se requiere se ha quedado en un cristal, en uno de los cristales del caleidoscopio, como que se rompió el caleidoscopio y nos quedamos con un cristalito. Rompimos el caleidoscopio que tuvimos la posibilidad de hacer en ese tiempo, lo rompimos...